

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son suyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

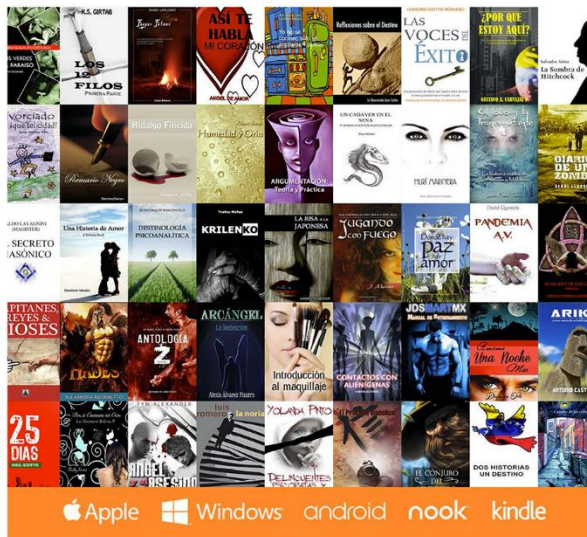
LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS

FERNANDO DURÁN AYANEGUI

ANIMAL ARRIBA
Y
ANIMAL ABAJO

Cuentos para niños
que usan tabletas

A mis nietos:

Emma Holman

Lara Anderson

Lucca Holman

Leonardo Guillén

Ediciones Guayacán

2015

CR863.4
D-948-d Durán Ayanegui, Fernando
Animalarriba y Animalabajo / Fernando Durán
Ayanegui. – 1ª. ed. – San José, C.R. : Ediciones
Guayacán, 2015.
106 p. : 14 x 21 cm.

ISBN 978-9968-16-239-5

1. Cuentos. 2. Literatura. 3 Costa Rica. I. Título.

SMG

Editorial Guayacán
Dibujo de portada: Lara Anderson Durán

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones magnéticas, o cualquier almacenamiento de información y sistemas de recuperación, sin permiso expreso del editor.

Índice

Boladecarne	1
La ranita emplumada	9
Las ovejas gemelas de Sandy McDonald.....	17
Los tres cerditos salvan los bosques.....	23
Ratoncita luna y ratoncito sol.....	27
Los cangrejos dorados.....	31
La tortuga que olvidó vestirse.....	41
Animalarriba y Animalabajo	45
Bumpa, bumpa, bumpa	55
Ícaro, hijo de Dedómalo	65
La gacela cuello largo.....	75
El Pésimo	81
La señora Patulénkova y la mona zarina.....	91

Boladecarne

Había una vez, en un bosque de Minnesota, un corpulento oso que aterrorizaba a los pobladores del extenso territorio situado al norte de la ciudad de Saint Cloud. Hasta los más experimentados cazadores le temían a este oso, cuya fama de fiero y salvaje, unida a su tamaño descomunal –se decía que era el oso más corpulento de Norteamérica–, le había ganado el apodo de *Meatball*, que en español significa Boladecarne. No se tenían noticias de que Boladecarne hubiera atacado a persona alguna, pero esto se debía a que el estruendo de sus rugidos se escuchaba desde muy lejos, lo que ahuyentaba a la gente y hacía que Boladecarne nunca pudiera poner sus garras encima de un ser humano. Sin embargo, sí era famoso por las grandes comilonas que se daba después de asfixiar con sus fuertes brazos a toda clase de animales y no faltaban los granjeros que contaran cómo Boladecarne se había robado de sus corrales docenas de ovejas, caballos, cerdos y pavos y hasta se hablaba de la ocasión en que se había introducido en el jardín zoológico de la ciudad de Saint Cloud, había invadido el foso de los leones y se había comido uno de ellos. De esa desventurada víctima es el esqueleto de león africano que hoy se exhibe en el acogedor museo de ciencias de la Universidad de Saint Cloud, Minnesota.

El refugio de Boladecarne era una amplia y cálida cueva, dentro de la que convivía con centenares de murciélagos. La ventaja de compartirla con los murciélagos consistía en que Boladecarne podía

dormir a pierna suelta cuanto tiempo quisiera, porque tan pronto como un intruso se acercaba a la estrecha entrada de la cueva, los murciélagos comenzaban a chillar y a revolotear, lo cual despertaba y ponía en pie de alerta al oso. “Es como tener instalada una alarma sin pagar por ella”, pensaba el oso y dejaba tranquilos a los que él creía que eran ratones provistos de alas.

Por una razón que Boladecarne no alcanzaba a comprender porque él, al igual que todos los osos de Minnesota, no había asistido nunca a la escuela, en cierta época del año se le hacía muy difícil conseguir alimento y algunas veces llegaba a padecer de hambre durante varios días seguidos, lo que lo llevaba a perder una parte de gordura y a ponerse de mal humor. “Ciertamente, me gustaría poder salir de compras como tengo entendido que hacen los seres humanos que viven en Saint Cloud, que en vez de ir de cacería van a unos sitios estupendos que llaman supermercados y compran toda la comida que necesitan”, solía soñar Boladecarne cuando el hambre le hacía sonar el estómago como si fuera un gimnasio lleno durante un juego de baloncesto.

Algo cambió en la vida del enorme oso de Minnesota cuando descubrió que, en las afueras de Saint Cloud, justo a la orilla de la ruta que conduce a la ciudad de Minneapolis, habían abierto un restaurante de comidas rápidas de la cadena MacPherson, en el cual el mejor plato era el conjunto llamado “Combo Gigante”, integrado por tres hamburguesas con queso, tocineta y tomate acompañadas de abundantes raciones de papas a la francesa y tajadas de pepinillos. “Ahora sí que se me hizo”, se dijo Boladecarne, “aunque tendré que ver

cómo me las arreglo para que los empleados de MacPherson no huyan despavoridos cuando yo me

acerque a comprar mis docenas de combos gigantes. Con menos que eso no quedaré satisfecho”.

En lo tocante al dinero, Boladecarne no esperaba tener problemas porque desde que era joven atesoraba en un rincón de la cueva un enorme saco de monedas de plata que habían escondido en aquel lugar los miembros de una banda de delincuentes que se habían refugiado en aquel bosque después de asaltar un banco en Canadá. Cuando la banda fue apresada por la policía, los ladrones no revelaron dónde habían escondido el dinero y fueron deportados para que lo juzgaran en el país de donde habían venido: Canadá. De aquel modo, Boladecarne se convirtió, sin quererlo, en el dueño de un verdadero tesoro.

Vino un invierno muy duro que obligó a Boladecarne a permanecer durante un mes entero dentro de la cueva, la mitad del tiempo dormido y la otra mitad sintiendo que un hambre terrible le consumía incansablemente la grasa de su abultada barriga. Llegó el momento en que su desesperación por ingerir un bocado de carne fue tan grande que decidió correr el riesgo de acercarse al restaurante de comidas rápidas de la carretera cercana, aun a sabiendas de que podría ser perseguido a tiros por los cazadores y los policías de Saint Cloud.

Como es natural, Boladecarne era muy ignorante, pero no tenía un pelo de tonto, así que pensó: “Lo mejor para mí será ir al restaurante convenientemente disfrazado”. Y tras recordar que en una pequeña aldea de los alrededores había una iglesia católica cuyo sacerdote era un hombre desusadamente gordo, tan gordo que a juicio de Boladecarne una de sus sotanas negras le vendría bien como disfraz, el oso voluminoso reflexionó:

“En estos días los caminos están tan llenos de nieve que posiblemente la iglesia estará vacía y yo podré entrar y tomar prestada una sotana del padre”.

Podemos decir ahora que Boladecarne era un oso con suerte, ya que, en efecto, cuando llegó a la iglesia no solo la encontró vacía, sino que además la puerta principal no estaba atrancada, así que el hambriento animal pudo entrar y, como lo había esperado, se encontró el guardarropa del sacerdote lleno de prendas de vestir. Sin mucho esfuerzo, Boladecarne tomó prestados una sotana, un sombrero, un par de zapatos y un abrigo de invierno y regresó a su cueva donde, tras disfrazarse de sacerdote, metió en sus bolsillos un puñado de monedas de plata y se marchó rumbo al restaurante.

Los únicos clientes que había en el restaurante cuando llegó Boladecarne eran los conductores de los camiones de mercancías que el oso había observado en el aparcadero del establecimiento. Los choferes, al ver entrar al gordísimo oso disfrazado apenas lo miraron por un momento y uno de ellos comentó por lo bajo: “Vaya, vaya, el padrecito comió bastante durante el verano y el otoño y ahora los botones de la sotana están a punto de saltarle desde la barriga”.

Boladecarne no entendía ninguna de las lenguas que hablan los seres humanos, así que se limitó a indicar por señas que quería llevarse de una vez veinte combos gigantes, y cuando el dependiente le dio la orden al cocinero agregó:

–Son para el padrecito, que seguramente viene de paso desde Canadá y, como muchos canadienses, no habla inglés, solo francés. Y se ve que los católicos canadienses toman las colectas dominicales en serio,

porque el padrecito ha pagado con un puñado de monedas de plata que ni la reina de Inglaterra podría traer consigo.

Los choferes hicieron fila para regresar a sus vehículos y al pasar detrás de Boladecarne cada uno le dio una amistosa palmada en la espalda mientras exclamaba:

–Bon apétit petit prêtre”– que en francés quiere decir “Buen provecho, padrecito”.

Así, cuando Boladecarne se quedó solo, el dependiente le dijo al cocinero:

–I guess today all of our customers are french-speaking canadians–. Es decir: “Creo adivinar que todos nuestros clientes de hoy son canadienses francoparlantes.

Boladecarne, que no había entendido nada, excepto que le habían dado muchas ganas de darle un zarpazo al último de los camioneros canadienses, tomó el enorme paquete repleto de hamburguesas y, sin soltar un solo gruñido, salió del restaurante y se dirigió directamente a su cueva. Ahí, como es de imaginárselo, después de despojarse de su disfraz se dio tremendo atracón de hamburguesas y luego se echó a dormir y no despertó sino al amanecer del día siguiente.

Boladecarne no se había dado cuenta de que, al salir del restaurante, una ráfaga de viento le había levantado un poco el borde de la sotana, lo que le permitió al dependiente ver las patas peludas y el rabo del oso.

El asustado muchacho se quedó sin habla durante diez minutos, al cabo de los cuales tomó el teléfono y avisó a la policía de Saint Cloud que un corpulento oso, disfrazado de sacerdote canadiense,

andaba suelto en los alrededores de la ciudad. La telefonista de la policía pensó que quien hacía la llamada era un loco de atar o un bromista, así que su primera respuesta fue:

–Caballero, me resultaría más fácil creer que usted vio a un enorme sacerdote inglés disfrazado de burro mexicano, así que por favor déjese de bromas.

Al oír esto, el dependiente estalló en alaridos de terror y el cocinero se vio obligado a abandonar su lugar y tomar el teléfono para explicarle a la telefonista que algo raro estaba ocurriendo en el restaurante de la cadena MacPherson, situado en la ruta hacia Minneapolis. Esto hizo que la telefonista diera la alarma por radio y muy pronto un auto de la policía estatal de Minnesota se puso en camino.

Los policías comenzaron por enviar al dependiente a la clínica más cercana para que fuera atendido por los médicos y luego exploraron los alrededores del restaurante para descubrir que, en verdad, en la nieve se veían las huellas de los zapatos de alguien muy corpulento. Sin embargo, se había levantado una ventisca que no tardó en ocultar aquellas huellas, lo que les impidió continuar la persecución.

Por lo demás, no hubo policía, médico, enfermero o psiquiatra que estuviese dispuesto a creerle al dependiente de la cadena MacPherson que había atendido en el establecimiento a su cargo a un oso oculto bajo un disfraz de sacerdote canadiense. Al dependiente le recetaron un tranquilizante, lo enviaron de emergencia a un sanatorio de la lejana ciudad de Duluth y los primeros indicios de que quizás no había enloquecido los dio un sacerdote católico que más tarde buscó a la policía para denunciar el robo de unas prendas de vestir ocurrido

en su iglesia parroquial. Por su parte, los contadores de la cadena MacPherson reportaron su extrañeza porque en un restaurante de las afueras de Saint Cloud alguien había pagado una fuerte suma con dólares canadienses de plata que no circulaban desde hacía más de medio siglo. Aun así, los jefes de la policía de Saint Cloud seguían considerando que ningún oso de Minnesota podía ser tan inteligente como para disfrazarse de sacerdote canadiense, griego, italiano o mexicano.

Pero, ¿y Boladecarne? ¿Qué podemos decir de Boladecarne? Cuando, al despertar, pensó que sería buena idea volver al restaurante a comprar otro cargamento de combos gigantes, descubrió que su última cena lo había hecho engordar de tal manera que le resultaba imposible salir de la cueva. Aquel descubrimiento le produjo un ataque de claustrofobia que lo hizo lanzar los rugidos más estruendosos que jamás pudieran haberse escuchado en los bosques de Minnesota. Se oía como si en medio del bosque estuviera naciendo un volcán, lo cual atrajo la atención de una patrulla conjunta del cuerpo estatal de guardabosques y de la asociación minnesotana de vulcanólogos, la que, tras una espera de varias semanas para dar tiempo a que Boladecarne perdiera una buena parte de la gordura que había adquirido comiendo hamburguesas de la cadena MacPherson, logró sacarlo de la cueva y conducirlo al jardín zoológico de Saint Cloud donde, sometido a una excelente dieta sana y equilibrada, rica en frutas y hortalizas, sigue siendo el más hermoso y atlético de los animales y se le conoce con el apodo, no de Boladecarne, sino de Sacodefibra.

De más está decir que la Secretaría de Salud del Estado de Minnesota ordenó el cierre de todos los establecimientos de la cadena MacPherson como una medida para proteger de la obesidad a todos los minnesotanos, sean estos osos, alces, lobos o seres humanos.

La ranita emplumada

Aquel río de Centroamérica baja desde lo más alto de la cordillera hasta un valle húmedo y ancho donde, antes de continuar rumbo al océano, se detiene a descansar en la frescura de un lago cristalino. En el bosque que rodea el lago gorjean y revolotean numerosas aves de múltiples colores y corretean animales de muchas especies, mientras que en el seno de sus aguas transparentes hay gran abundancia de peces.

En aquel paraje reina la paz y, aún en los meses lluviosos, cuando las nubes quedan a veces encerradas entre las montañas por largo tiempo y son convertidas por el viento en terribles tormentas, todos los habitantes del bosque encuentran siempre dónde protegerse del frío y de la lluvia.

En suma, es un lugar en el que todos los animales viven satisfechos y no se sienten amenazados por los cazadores ni por los pescadores, ya que la aldea más cercana se encuentra al otro lado de las montañas y los seres humanos que ahí viven nunca se aventuran hasta sitios muy alejados de sus granjas o de sus aldeas.

En los alrededores de ese lago tienen lugar muy pocos acontecimientos, y por esa razón los animalitos hablan entre ellos solo sobre lo que les ocurre en sus sueños y le dedican una gran parte de sus ratos libres a contarse unos a otros las aventuras que tienen mientras duermen. No obstante, hubo una época en la que con frecuencia comentaban lo extraña que resultaba la ausencia de ranas en las orillas de su lago, ausencia rota únicamente por una

ranita verde que se refugiaba en una solitaria cueva abandonada desde hacía mucho tiempo por otro animal.

Pues bien, esta ranita salía de su cueva solo para hacer una de dos cosas: alimentarse de insectos entre las tiernas plantas que nacen bajo los árboles del bosque y acercarse al lugar donde descansaba, después de sus paseos por los aires, una bandada de pájaros chillones y multicolores a quienes ella solía rogarles que le hablaran de los paisajes que ellos alcanzaban a mirar desde las alturas.

—¡Cuán dichosos son ustedes, amigos voladores, porque pueden ver tantas cosas desde lo alto! Pero yo, desdichada, tengo que andar dando saltos sobre el suelo y ni siquiera puedo subirme en un árbol para ver cómo es el mundo por encima de mi cabeza —les decía para convencerlos de que, entre trinos y aleteos, los pájaros le contarán lo que veían mientras volaban.

Los pájaros terminaban siempre narrándole a la ranita larguísimas historias sobre las bellezas que alcanzaban a observar desde el momento en que alzaban vuelo hasta que regresaban cansados a la orilla del lago. Para la ranita, aquellas historias eran maravillosas y se decía para sus adentros que no sabía si los pájaros se las contaban con tantos detalles porque, siendo muy vanidosos, les gustaba darse importancia delante de ella, o porque se compadecían de una pobre rana que se pasaba la vida mirando hacia el suelo mientras cazaba penosamente sus insectos.

El caso es que la ranita envidiaba cada vez más a las aves, y el más grande de sus deseos era poder llegar a volar ella misma algún día. De regreso a su cueva se pasaba ahí horas y horas tratando de imaginar cómo podría aprender a volar.

Con frecuencia, la ranita les pedía a los pájaros que le enseñaran a volar. Ellos le decían que sí, que con mucho gusto lo harían y agregaban que todo lo que ella tenía que hacer era esperar a que el cuerpo se le cubriera de plumas y, una vez que esto hubiera ocurrido, solo tendría que abrir las alas y dejar que el viento se encargara de todo lo demás.

Las instrucciones de los pajaritos eran muy claras, pero ellos no sabían cómo responderle a la ranita cuando ella les preguntaba qué debía hacer para que el cuerpo se le cubriera de plumas.

–Eso no lo sabemos –terminaban diciendo–, porque nosotros nacimos todos con las plumas ya puestas. Al principio parecían pelitos de cerdo, pero conforme crecían se volvían cada vez más sedosas y más fuertes.

Seguramente era verdad, porque la ranita nunca había visto un pájaro sin plumas. Hasta los polluelos recién nacidos, que ella había observado de cerca porque a veces se caían de sus nidos, poseían plumas pequeñas desde el momento en que salían del huevo.

Cierto día, después de una gran tormenta, la ranita salió de su cueva para ver si el cielo se había despejado, y cuál no sería su sorpresa al descubrir, en la orilla del lago, la figura de un ave enorme cubierta de largas plumas verdes. Era un ave desconocida para ella y al principio le dio miedo a causa de su gran tamaño. Sin embargo, su curiosidad fue más fuerte que su temor y decidió acercarse a la visitante.

–Hola, ¿de dónde vienes tú? –le preguntó guardando cierta distancia.

–Pues mira, chica, yo vengo de muy lejos, de allá por la orilla del mar. Una tormenta me arrastró esta mañana hasta aquí –dijo el ave extraña empleando un acento que confirmaba que había venido desde una comarca lejana.

–Y ¿qué clase de ave eres, si se puede saber?

–¿Que qué clase de ave soy yo? –le respondió el ave–, ¿Qué clase de pregunta es esa, chica? Soy una guacamaya verde como todas las de mi especie. Algunos nos llaman lapas verdes y en un país lejano a los de mi especie los llaman aras. Es como si yo no supiera, chica, que tú eres una rana.

–Tu acento es muy raro, de verdad que es muy raro –observó la rana.

–Óyeme tú, no vengas a decirme cómo es que yo tengo que hablar, chica. Allá donde yo vivo, a orillas del Mar Caribe, se habla como yo hablo y, por favor, no intentes dártelas de lista conmigo.

–Está bien, está bien –dijo la rana para tranquilizarla– yo solo decía, yo solo decía, pero si te molesta haz como que no dije nada.

–Así sí, chica, así sí nos entendemos –dijo la guacamaya verde y volteó el cuello para darse un picotazo en la espalda. Al hacerlo, se arrancó una de sus grandes plumas. Esto no pareció preocupar al ave y, sorprendida, la rana exclamó:

–¡Vaya, se te despegó una de tus plumas! ¿No vas a recogerla?

–¿Para qué voy a recoger una pluma, chica? Me parece que eres una rana un poco perturbada. Una pluma es solo una pluma y ya me nacerán otras.

–¿Quieres decir que la vas a dejar ahí y que yo me la puedo llevar para mi cueva?

–Oye, tú eres de verdad rara, ahora resulta que te gusta coleccionar plumas de guacamaya.

La ranita pensaba con rapidez, pero aun así tardó unos segundos en responder:

–Bueno, la verdad es que me gustaría coleccionar muchas plumas grandes como esa que se te acaba de caer. Nunca he tenido una, por cierto, pero sí, me gustaría coleccionar muchas...

–Pues mira tú, ranita, para que veas que me simpatizas, y que yo soy lo que se llama chévere, voy a convencer a las amigas de mi bandada para que todos los días una de ellas se desvíe por aquí y venga a soltarte una pluma aquí mismo, frente a tu cueva, para que tú vengas, ¿me entiendes?, para que tú vengas, chica, en persona, y la recojas y así puedas armar tu coleccioncita, ¿está claro?

–Oh, ¿harías eso por mí? Vieras que me encantaría –dijo, entusiasmada, la ranita.

–¡Qué me encantaría ni que vaca dormida, chica! –exclamó la guacamaya–, si tú nos admiras tanto que quieres tener una colección de plumas de guacamaya o de lapa verde, bien que te mereces tener la colección de plumas de guacamaya verde más grande del mundo. Ya verás que las guacamayas somos dadivosas y de una sola palabra.

Fue así como, durante varios meses, la ranita encontró cada tarde una enorme pluma de guacamaya frente a su cueva. Eran unas plumas enormes, verdes y brillantes, tan grandes que al cabo de un tiempo casi no le dejaban en la cueva espacio para echarse a dormir. Por fin, un día esperó la llegada de la guacamaya de turno para explicarle que estaba muy agradecida con

la generosidad de ella y sus amigas, pero ya tenía suficientes plumas para su colección.

Después de eso, se fue al bosque y, ayudada por un mono amigo suyo, recogió y se llevó a la cueva varios metros de unos bejucos fuertes y flexibles con los que ató un haz de plumas que luego se amarró al cuerpo hasta dejarlo totalmente emplumado y oloroso a guacamaya.

—A partir de ahora, ustedes, plumitas mías, no son plumas de guacamaya, ni de lapa, ni de ara, sino plumas de rana —se dijo alegremente y salió de la cueva dispuesta a echarse a volar.

Caminó entonces rumbo a una elevación del terreno un poco alejada de la orilla del lago, desde donde esperaba alzar el vuelo a impulsos de una ráfaga de viento. Aquella rana envuelta en plumas de guacamaya verde ofrecía a la vista de los demás animalitos un espectáculo aterrador. Los más jóvenes huían delante de ella gritando:

—¡Sálvese quien pueda!

—¡Una enorme lechuga que camina salió del lago y viene a devorarnos a todos!

—¡Escóndanse todos para que no se los coma!

Después de un largo y penoso camino que le tomó todo el día, aquella monstruosidad de rana que parecía una lechuga llegó al sitio escogido para su primer vuelo y, después de descansar durante toda la noche, apenas amaneció se dispuso a tomar vuelo. Para ello esperó pacientemente a que el viento viniera en su ayuda y así fue cómo, al hacer ademán de desplegar las alas que no tenía, se sintió de pronto arrastrada sobre la hierba y enseguida comenzó a alcanzar altura

impulsada por una poderosa corriente de aire. Subió con tanta rapidez que en pocos minutos ya alcanzaba a ver la totalidad del lago, las cintas de agua del río que entraba y salía, casi todo el valle y las laderas de algunas montañas. Era una vista maravillosa y la extasiada rana sintió tanta emoción que se prometió no regresar jamás al suelo.

Sin embargo, ocurrió que el viento no tardó mucho en aburrirse de jugar con ella y decidió irse a soplar en otra parte del valle. Esta vez, la aterrorizada rana comenzó a caer y temió que su destino fuera morir estrellada contra el suelo o ahogada en el lago. Se quedó muda mientras caía, pero la idea de que iba a morir se le hizo tan insoportable que finalmente recuperó la voz y gritó a todo pulmón para pedir auxilio. Sus amigos los pájaros, que habían dejado de verla desde que ella había tenido su encuentro con la guacamaya y se había dedicado solo a recoger plumas verdes y lustrosas, también habían huido al bosque para ocultarse del monstruo emplumado que había salido del lago. Pero al oír los gritos de la rana la reconocieron por su voz y volaron en su ayuda. Llegaron apenas a tiempo de detener la caída de la rana antes de que ella llegara al suelo y, sosteniéndola entre varios de ellos, la llevaron sana y salva hasta la entrada de la cueva.

–Eres tonta, ranita imprudente. Debes saber que nadie puede volar con plumas ajenas, aunque sean de guacamaya, porque el resultado será una desgracia.

–Un animal solo puede volar con sus propias plumas –le advirtió uno de los pájaros.

–Y ¿cómo hago para tener mis propias plumas?
–preguntó, aún medio desfallecida, la ranita.

–Eso no lo sabemos –contestaron los pájaros
antes de alzar el vuelo– porque, como te lo hemos
dicho tantas veces, todos los que podemos volar
nacimos con las plumas puestas.

Las ovejas gemelas de Sandy McDonald

Cuando llega la noche y alguien quiere descansar, lo que hace es irse al dormitorio, ponerse un pijama, meterse entre las sábanas, colocar la cabeza sobre la almohada y cerrar los ojos. Al rato no más, se duerme. Pero no siempre ocurre eso. A veces, aunque ya sea muy tarde y estemos agotados, no hay manera de que nos llegue el sueño y entonces decimos que tenemos insomnio.

¿Cómo hacer para que se nos quite el insomnio? Desde los tiempos de los abuelos de nuestros abuelos se sabe que la mejor manera de acabar con el insomnio es esta: la persona que quiere dormirse cierra los ojos y se pone a contar ovejas. Es decir, se imagina que una fila de ovejas blancas va pasando frente a sus ojos y las cuenta. Se dice que todo el mundo se duerme antes de llegar a las sesenta. Hay quien se duerme al contar la oveja número veinte, hay quien se duerme al llegar a la treinta y cuatro, pero se dice que nadie llega a la oveja número sesenta.

¿Cómo se descubrió que nadie alcanza a contar sesenta ovejas antes de dormirse? ¿Dónde tuvo lugar ese descubrimiento? Ahora lo vamos a saber.

Había una vez, en Escocia –y ya ustedes saben que en Escocia se crían muchas ovejas para obtener la lana con la que se tejen las vistosas enaguas que usan los escoceses–, una pequeña isla gobernada por un príncipe que, como estaba muy orgulloso de la clase de lana que producían las ovejas de su país, había

dado la orden de que ningún pastor de la isla tuviera más de sesenta ovejas. Cuando un joven pastor se casaba y formaba una familia, obtenía un permiso para empezar un rebaño y procedía a adquirir ovejas hasta completar exactamente ese número: sesenta. De esa manera, el príncipe lograba que todas las ovejas estuvieran bien cuidadas y que nunca hubiera peleas entre los pastores por causa de la envidia que provoca la competencia.

Llegó el día en que el pastor Sandy McDonald completaría por fin su rebaño de sesenta ovejas, ya que había logrado poseer cincuenta y nueve y ahora una de sus ovejas adultas iba a dar a luz la que faltaba. Sandy, su esposa Wendy y sus hijos Andrew y Mary estaban muy felices en espera del nacimiento de la oveja número sesenta. Pero, cuando llegó el ansiado día, la oveja madre dio a luz una pareja de gemelas y entonces Sandy McDonald se sintió muy preocupado porque ahora tenía en su rebaño una oveja más de la cuenta, algo que seguramente disgustaría al príncipe.

–¿Qué voy a hacer ahora, mi querida esposa?
–preguntó lleno de angustia, tirándose de los cabellos.

Wendy era una mujer muy inteligente y no tardó mucho en encontrar la solución.

–Querido esposo –le dijo– si continúas tirándote de los cabellos te quedarás calvo antes de que llegue la noche. Escúchame bien: lo que vas a hacer es ir a la mansión del príncipe llevando contigo la ovejita que sobra y le pedirás que te la reciba como un regalo nuestro porque queremos que sea su mascota. Estoy segura de que a Su Alteza le encantará tener una mascota tan bella y delicada como esta linda oveja.

Sandy siguió el consejo de su esposa. Cuando llegó a la mansión del príncipe le explicó al capitán de la guardia que deseaba hablar con el soberano para entregarle un regalo. El capitán le comunicó la petición de Sandy al gobernador de la mansión, el gobernador se la comunicó al príncipe y el príncipe dijo que se sentiría encantado de recibir un regalo de uno sus súbditos, así que salió al jardín, saludó afectuosamente a Sandy y este le entregó la ovejita diciéndole:

–Vuestra Alteza, mi esposa Wendy, mis hijos Andrew y Mary y yo, hemos pensado que quizás os agradaría tener una mascota como esta y hemos decidido ofrecérsola como regalo.

El príncipe vio la ovejita, le encontró muy bella, recordó que él, por ser un príncipe, no tenía un rebaño y entonces le dijo al gobernador de la mansión que de mil amores aceptaría el regalo.

–Y a propósito –le ordenó al gobernador–, recordadme firmar hoy mismo un decreto mediante el cual se crea el rebaño del príncipe, que estará formado por una sola oveja que será llamada la Mascota de Su Alteza.

El príncipe le dio las gracias a Sandy McDonald y se puso a jugar con su mascota y a alimentarla con la ayuda de un biberón. Sandy regresó a su casa con el corazón henchido de alegría y le dijo a Wendy:

–Querida esposa, mejor consejo no pudiste haberme dado. El príncipe quedó muy contento con nuestro regalo.

Pasaron varios meses. Nadie sabe cómo fue que la ovejita número sesenta de Sandy se enteró de que con ella había nacido una gemela que ahora se encontraba encerrada en la mansión del príncipe de la isla. Muy

indignada, decidió recuperar a su hermana y una noche se introdujo en los jardines del palacio y convenció a su gemela de que escapara con ella. Después, se unieron al resto del rebaño de Sandy McDonald y, cuando al día siguiente el príncipe se enteró de que había desaparecido su mascota, hizo llamar al jefe de la policía de la isla y le dio la siguiente orden:

–Enviad a todos los policías de la isla a buscar a la ovejita blanca que me han robado.

–Con todo respeto, Vuestra Alteza –dijo humildemente el jefe de la policía–, en esta isla, como en toda Escocia, abundan las ovejitas blancas. De hecho, Escocia es famosa en todo el mundo por la blancura de sus ovejas, Debo, entonces, preguntaros cómo harán los hombres bajo mi mando para distinguir vuestra ovejita blanca de las demás ovejitas blancas.

–Os entiendo –dijo el príncipe–, en verdad os entiendo. Por el momento no os pediré que localicéis a mi ovejita, sino tan solo que identifiquéis al ladrón que me la ha robado. Y para ello comenzaréis haciendo que los hombres bajo vuestro mando visiten las casas de todos los pastores de la isla y cuenten el número de ovejas de cada uno de ellos. Podríais tener en vuestro poder al ladrón si en uno de los rebaños encuentran sesenta y una ovejas y no las sesenta que están permitidas.

–Vuestra Alteza –dijo el jefe de la policía– vuestra sabiduría es tan admirable como la del rey Salomón. Se hará como lo habéis indicado.

Por supuesto, el rebaño de Sandy McDonald era el que ahora contaba con una ovejita de más, pero ni Sandy, ni Mary ni sus hijos Andrew y Mary se habían dado cuenta de ello. Sin embargo, los policías de la

isla tampoco se enteraron, porque cada vez que uno de ellos comenzaba a contar las ovejas de un rebaño, enseguida se ponía a bostezar y se quedaba dormido antes de llegar a sesenta. Y como ninguno quería que el jefe de la policía o el príncipe se enterase de que se había dormido mientras trabajaba, todos regresaban a la estación de policía y, después de saludar al jefe, mentían:

–Mi jefe, en el rebaño que estuve investigando había exactamente sesenta ovejas.

Así fue como resultó imposible saber dónde estaba escondida la mascota del príncipe. Y cuando muchos años después el príncipe abandonó la isla para siempre porque lo habían nombrado rey de Panonia, el nuevo príncipe abolió la ley de las sesenta ovejas y los policías, ya todos ellos jubilados, le contaron lo sucedido al nuevo jefe de la policía, el jefe de la policía se lo contó a un periodista, el periodista publicó la historia en un periódico de Inglaterra y muy pronto todo el mundo supo que contar ovejas duerme a cualquier persona, aunque no sea policía, antes de que llegue a las sesenta. Es por eso que, cuando usted quiera dormirse contando ovejas, no se tiene que imaginar más de sesenta en la fila.

Los tres cerditos salvan los bosques

Los tres cerditos de un cuento que todos conocemos habían aprendido bien la lección de su encuentro con el lobo feroz y por eso decidieron construirse nuevas viviendas, en medio del bosque, pero esta vez con materiales tan sólidos y fuertes que ni el más feroz de los lobos pudiera destruir una de ellas.

Ocurrió que al año siguiente el invierno trajo tanto frío que un lobo, sintiéndose desesperado a causa del hambre, vino hasta el bosque donde vivían los cerditos y se dispuso a entrar a como diera lugar en una de las casas de los cerditos y hacerse un buen asado con su ocupante. Sin embargo, las tres casas resistieron tan bien los ataques del lobo, que a la temible bestia se le cayeron las pezuñas y se le partieron los colmillos, y esto le provocó al peludo animal tanta cólera que se le reventó el corazón dentro del pecho y ahí cayó como un saco de patatas, tan muerto como un poste del tendido eléctrico.

—¿Qué vamos a hacer con esta fea bestia congelado que tenemos frente a nuestros hogares? —preguntó el menor de los cerditos.

—Sí, ¿qué vamos a hacer con esa cosa tan horrible? —preguntó el cerdito mediano.

—Pues ¿qué vamos a hacer que no sea enterrarlo en un lugar cerca del río, donde es posible que la tierra esté más suave? —dijo el mayor y, sin pensarlo mucho, trajo una carretilla en la que de inmediato subieron al lobo.

Pusieron encima del muerto tres picos y tres palas, y al amanecer del día siguiente empujaron la

carretilla para llevarla hasta la orilla del río. En el camino, los cerditos observaron que el ahora inofensivo lobo no se veía tan feroz y más bien parecía dedicarles una amistosa y dientuda sonrisa.

Una vez elegido el lugar donde enterrarían el cuerpo de la desdichada fiera, los cerditos comenzaron a cavar un hoyo que se fue haciendo cada vez más profundo y más profundo, tan profundo que al llegar la tarde se dieron cuenta de que ellos mismos no podían salir y, terriblemente asustados, comenzaron a dar gritos de auxilio que llamaron la atención de unos leñadores que trabajaban en el bosque.

Pero ocurrió que los cerditos estaban tan aterrorizados ahí, dentro del profundísimo hoyo, que sus gritos no se parecían en nada a los chillidos de unos cerdos asustados, sino que se oían como si fueran los aullidos de una manada de lobos.

Esto hizo que los leñadores, al ver el cuerpo del lobo muerto todavía tendido en la carretilla creyeran que aquel hueco comunicaba con el infierno de los lobos y se asustaran aún más que los mismos cerditos. Pero, antes de escapar como alma que se lleva el diablo, decidieron jugarles una mala pasada a los lobos o demonios que chillaban en el fondo, así que abrieron un canal desde el río diciéndose que de aquel modo el infierno de los lobos se inundaría hasta quedar apagado.

Mientras tanto, los cerditos no dejaban de aullar, pero al darse cuenta de que el hueco comenzaba llenarse de agua recordaron que ellos habían asistido a la escuela de natación, donde aprendieron a flotar, así que pudieron escapar de vuelta a sus casas a secarse alegremente al calor de sus chimeneas.

Pero algo muy útil habían aprendido esta vez. A partir de entonces, cada vez que los leñadores se acercaban dispuestos a cortar árboles con sus afiladas hachas, los tres cerditos se escondían en la maleza y comenzaban a aullar como lo habían hecho cuando quedaron atrapados en el fondo de un hueco. Entonces los leñadores huían despavoridos y dejaban en paz al bosque. Y como entre los cerdos las noticias corren como corren los chismes entre los seres humanos ociosos, hoy se sabe que los jabalíes de Polonia y los saínos de Costa Rica, que son todos ellos primos de los cerditos del cuento, ya aprendieron a evitar la deforestación de los bosques de esos dos países. Para ello, cada vez que se aparecen los taladores de árboles armados con sierras y hachas, los jabalíes polacos y los saínos costarricenses comienzan a aullar como si fueran lobos salidos del infierno.

Los taladores de árboles, ya sean polacos o costarricenses, siempre entran en pánico y, sin haber cortado ni un solo árbol, huyen de los que ellos siguen llamando los “diablos–lobos del bosque”. Por esa razón, los bosques de Polonia y de Centroamérica se cuentan entre los mejor conservados del mundo.

Ratoncita luna y ratoncito sol

En aquel tiempo, en el cielo solo brillaban las estrellas y la luna. Como el sol no existía, no había diferencia entre la noche y el día. Ambos eran igualmente oscuros y por esa razón ningún ser viviente necesitaba saber cuándo era de día ni cuándo era de noche. La verdad es que ni la palabra día ni la palabra noche habían sido inventadas todavía.

Los colores no eran tan importantes como lo son ahora y es posible que los leones no supieran exactamente cuáles eran los de sus melenas y por eso creían ser primos de las jirafas y no las atacaban. Tampoco existían entonces los seres humanos, así que no había museos ni galerías de pinturas, así que ni falta hacía que hubiera expertos en colores y a nadie le habría molestado si los animales y las plantas hubiesen sido todos del mismo color. Incluso podrían haber sido todos grises y nadie se habría molestado por eso. Claro está, sí era necesario distinguir las formas de las cosas y para eso era suficiente con la luz de la luna. Y la luz de las estrellas, aunque era mucho más débil, ayudaba bastante.

Pues bien, vivían en aquel bosque un ratoncito y una ratoncita a quienes los demás animales conocían por el apodo de “los roedorcitos hartones” porque, por muy poco tiempo que hubiera pasado desde su última comida, siempre andaban hambrientos. En cierta ocasión salieron de su escondite a recorrer el bosque en busca de comida, y después de varias horas de vagar sin conseguir nada, la ratoncita miró hacia el cielo y vio que, colgado del cucurucho de un altísimo

Árbol, había un sabroso pedazo de queso que tenía una forma muy parecida a la de los cuernos de un toro.

—¿Crees que valga la pena subir tan alto para atraparlo?—dijo la ratoncita mostrándoselo al ratoncito—, a mí me parece que sería muy peligroso intentarlo.

—Pues yo tengo tanta hambre que ningún peligro va a detenerme—dijo el ratoncito—, espérame aquí y yo subo a tomar ese queso.

Sin esperar más, el ratoncito fue saltando de rama en rama hasta llegar a lo más alto del árbol, y cuando alcanzó el cucurucho le bastó con estirar la mano hacia arriba para apoderarse del queso. Descendió con mucho cuidado y, cuando por fin llegó al suelo, partió el queso en dos pedazos iguales y le dio uno a la ratoncita. Cada cual se comió su porción de queso y, cuando quisieron regresar a su escondite, no pudieron hacerlo porque el mundo se había vuelto tan oscuro que la única manera de moverse en él habría sido alumbrándose con una antorcha y los ratoncitos no tenían cómo encender una.

Los pequeños se quedaron quietos como dos piedras en medio de un silencio que les causaba mucho miedo. No les quedó más remedio que echarse a dormir sobre las hojas caídas en el suelo del bosque, pero poco tiempo después fueron despertados por los gritos de una multitud de animales que con la ayuda de grandes antorchas recorrían el bosque en busca de los malandrines que habían bajado la luna del cielo y habían dejado, de esa manera, el mundo totalmente a oscuras.

Los ratoncitos comprendieron de inmediato que era a ellos a quienes buscaban y que lo que ellos se habían comido no era un queso con forma de cuernos de toro, sino la luna, que cuando ellos la bajaron estaba

en cuarto creciente. Así que, aprovechando la penumbra que les proporcionaba la luz de las antorchas todavía cercanas, escaparon de la enfurecida multitud y fueron a refugiarse entre las raíces de un árbol gigantesco.

Ahí estuvieron escondidos durante largo tiempo, temblando de miedo y medio muertos de hambre, diciéndose que se sentían apesadumbrados por haber confundido la luna con un queso y habérsela comido, ya que ellos nunca habrían querido dejar al mundo en la oscuridad.

Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, la luna que se habían comido creció hasta convertirse en una luna llena grande y redonda, y por eso el ratoncito y la ratoncita comenzaron a flotar y se fueron elevando y elevando y llegaron más arriba de los árboles más altos y, finalmente, alcanzaron el firmamento y se convirtieron, ella en una nueva luna y él en el sol.

Desde entonces, en el mundo comenzaron a diferenciarse el día de la noche y cada color de los demás colores. lo que resultó muy peligroso para muchos, porque los leones descubrieron enseguida que los colores de sus melenas son distintos a los de las rayas de las jirafas y dejaron de tomarlas por sus primas. El resultado, ya lo sabemos, fue que, a partir de entonces, los leones nunca cesan de perseguir a las jirafas para comérselas.

Los cangrejos dorados

Había una vez, en una aldea situada a la orilla de un gran lago de Rusia, una familia muy pobre formada por un humilde pescador llamado Boris Borisovich Borislov, su esposa Tatiana y su hijo Mijail. Boris salía de pesca en su pequeña barca, Tatiana ahumaba el pescado que su marido traía del lago y Mijail asistía a la escuela.

Por suerte, de aquella manera podían vivir con tranquilidad en medio del aprecio de sus vecinos y, aunque pobremente, podían comer lo suficiente y vestirse con dignidad. Pero un día, una gran desgracia se abatió, no solo sobre la familia de Boris, sino también sobre todas las familias de la aldea.

Tras el paso por el lugar de un regimiento del ejército que regresaba derrotado de una guerra que había tenido lugar entre Rusia y Japón, en la aldea cayó una terrible invasión de piojos que obligaba a todos los aldeanos a abandonar sus quehaceres para dedicarse todo el día y toda la noche exclusivamente a rascarse. Y aunque diariamente se dirigían a las orillas del lago a darse un baño, no había manera de acabar con los molestos bichos.

La situación llegó a ser tan grave que el alcalde de la aldea, un caballero no muy recomendable que se llamaba Iván Ivanov Tararavich, convocó al Concejo Municipal para discutir la posibilidad trasladar la aldea a un lugar que fuera menos atractivo para los piojos. Mientras tanto, Boris el pescador vio que, si no dejaba de rascarse y salía a pescar, su familia

comenzaría a pasar hambre, así que preparó su barca y remó hasta el centro del lago donde lanzó sus redes y echó sus anzuelos.

De pronto, en el silencio del lago que aquel día estaba en calma, escuchó la voz de alguien que pedía auxilio. Vio, cerca de su bote, a una joven sirena del lago que estaba a punto de ahogarse, no con el agua en la que ella sabía moverse a las mil maravillas, sino a causa de una ostra que se le había atravesado en la garganta.

Boris no dudó ni un instante antes de lanzarse al agua para auxiliar a la joven sirena. La atrapó por el cabello y la arrastró hasta el bote, donde dándole golpes en la espalda la hizo arrojar la ostra y de esa manera le salvó la vida.

La joven sirena le dio las gracias y de inmediato regresó al agua y se dirigió a la gruta donde habitaba su madrina, la maga Baba-Yaga.

–Madrina –le dijo la sirena a la maga– quiero contarte lo que me ha sucedido. Un bondadoso pescador del lago me salvó la vida cuando yo me había atragantado con una ostra.

–Ahijada, mía –dijo la maga– guíame hasta la barca de ese pescador para que yo pueda recompensarlo por el favor que nos ha hecho.

Ni lerda no perezosa, la joven sirena se echó a nadar y tras ella iba, volando sobre el lago, la maga Baba-Yaga. Muy pronto se encontraron cerca de la barca de Boris, quien aún no había recogido su red ni atrapado ningún pez con sus anzuelos.

–Cuando la esplendorosa maga bajó desde las nubes y se presentó ante el pescador, el asustado Boris se arrodilló delante de ella y le dijo:

–Oh, gran maga Baba-Yaga, señora del lago, perdonadme la vida pues si vengo a pescar en tus aguas es porque soy un hombre pobre y no conozco otra forma de ganarme el sustento de mi familia.

Entonces, la sonriente maga reina del lago le dijo a Boris:

–Nada temáis, buen hombre, sé que sois una buena persona y que os llamáis Boris y he venido a agradeceros lo que hoy hicisteis por una de mis queridas ahijadas las sirenas. Ella misma me ha dicho que le salvasteis la vida y por eso vengo a premiaros. Os concederé el deseo que queráis expresar.

Boris sintió que la vida retornaba a su cuerpo después del gran susto que se había llevado y apenas si tomó aliento para decir:

–Querida y bondadosa reina del lago, no os pido nada para mí. Solo os pido algo que les hará bien a todos los habitantes de mi aldea. Figuraos que cuando el ejército pasó por la aldea nos dejó una plaga de piojos que está a punto de acabar con todos nosotros. Solo os ruego que con vuestra magia hagáis desaparecer hasta el último piojo de nuestra aldea.

–Vaya, vaya. Humilde Boris, tú eres el primer ruso a quien le ofrezco un milagro y me pide algo para los demás y no para sí mismo. Eso me demuestra que sois el mejor de los rusos y por eso, no solo haré desaparecer los odiosos piojos de vuestra aldea en este mismo instante, sino que además os daré a vos un regalo extraordinario.

Acto seguido, la maga Baba-Yaga le entregó a Boris un enorme saco cerrado con una cuerda.

–Tomad, Boris Borisovich Borislov, este saco está repleto de unos horribles cangrejos dorados que

os parecerán repugnantes y peligrosos. Pero no os engañéis. Cuando lleguéis a vuestra casa, abrid el saco y os llevaréis una gran sorpresa. De ahí saldrá mucha riqueza en una forma que no podéis imaginar, pero debo advertiros que tengáis cuidado. No debéis usar esa riqueza para vivir ostentadamente, aunque sí podéis utilizarla para mejorar la casa donde vivís y darle mejor comida y mejor vestido a vuestra familia. Además, mientras seáis bueno con los necesitados y compartáis lo que tenéis con vuestros amigos y vuestros vecinos, esa riqueza no se os acabará nunca. Y si alguna vez algún envidioso os roba de ella, el ladrón y sus cómplices sufrirán un castigo terrible. Ahora, recoged vuestra red, que está llena de peces, retirad vuestros anzuelos, en cada uno de los cuales está atrapado un hermoso esturión y regresad a vuestra casa.

Boris vio a la maga Baba-Yaga desaparecer en las nubes y apenas la perdió de vista recogió la pesca y remó hasta la orilla. Llamó a Tatiana y a Mijail para que le ayudaran a descargar la pesca y, cuando su esposa le preguntó para qué llevaba consigo aquel saco de horribles cangrejos dorados, Boris le dijo:

–No seas impaciente, querida. Cuando estemos dentro de la casa te contaré lo que me ha ocurrido en el lago y todos nos llevaremos una sorpresa. Eso es lo que me dijo la maga Baba-Yaga.

Tatiana no dijo nada, pero le hizo a Mijail señas de que Boris se estaba volviendo loco. Sin embargo, ya dentro de la casa, los cangrejos dorados dejaron de moverse dentro del saco y el saco se volvió tan pesado que entre los tres no pudieron levantarlo del suelo. En vez de cangrejos, en el saco había ahora un incontable número de monedas de oro, todas ellas acuñadas con

la efigie del Zar de Rusia, lo cual quería decir que podían ser cambiadas en un banco, y entonces Tatiana y Mijail tuvieron que creerle a Boris la historia de su encuentro con la joven sirena y la maga Baba-Yaga.

–Quiere decir que ahora somos ricos –dijo Tatiana, todavía incrédula.

–Sí, querida, somos ricos, pero debemos cumplir con las condiciones que me dictó la bondadosa Baba- Yaga. Seguiremos trabajando, agrandaremos nuestra casa, comeremos y vestiremos con más holgura, pero nunca le negaremos ayuda a quienes la necesiten. Baba- Yaga me enseñó que de nada vale la riqueza que no se comparte y eso lo tomaremos en cuenta siempre. Lo importante es que seamos felices y vivamos satisfechos por lo que somos nosotros mismos, y no porque somos ricos.

–Pero, querido Boris, ¿dónde guardaremos ese pesado saco de monedas de oro?

–Ya lo he pensado y creo que lo mejor será arrastrarlo y guardarlo debajo del fogón, en el cajón donde recogemos las cenizas. ¿A quién podría ocurrírsele que ahí guardamos un tesoro? Por lo demás, cada vez que lo necesitemos, con mucho disimulo sacaremos las monedas de una en una o de dos en dos y así viviremos y ayudaremos a vivir a otros.

De modo que arrastraron el saco hasta el sitio más humilde de su humilde cocina y ahí lo depositaron al abrigo de cualquier mirada de extraños.

Muy poco cambió en la vida de Boris y su familia. Él salía a pescar regularmente, siempre regresaba con su barca cargada de peces y con nadie comentaba su sospecha de que las sirenas del lago, agradecidas, le ayudaban a llenar sus redes. De vez en cuando, desde

una roca en el medio de lago, una sirena lo saludaba alegremente y él le devolvía el saludo gritando:

–Dad mis parabienes a la hermosa Baba-Yaga.

En cuanto a su casa, Boris la hizo más grande agregándole algunas habitaciones, hizo que a su alrededor se plantara un sencillo pero lindo jardín y sustituyó los velatorios de velas de sebo con cómodas y luminosas lámparas de petróleo.

Con el fin de no atraer la curiosidad de los aldeanos, cada vez que necesitaba cambiar monedas de oro Boris viajaba a la gran ciudad más cercana y ahí las cambiaba en el banco del Zar por billetes estampados en rublos –el rublo era la moneda del Zar– y regresaba a gastar el dinero en la aldea, la mayor parte de él ayudando a sus vecinos, entre quienes gracias a su bondad nunca despertaba envidias.

Sin embargo, entre los vecinos de Boris vivía uno de muy mala índole, que tenía una inconfundible cara de rufián. Se llamaba Jiro Jirovich Jirov y era gran amigo del alcalde Iván Ivanov Tararavich. Este vecino se preguntaba por qué, si Boris seguía siendo un humilde y esforzado pescador, vivía tan feliz como parecía; y enterado de que Boris y su familia ayudaban a muchas personas, decidió averiguar lo que realmente ocurría. Así que un día, aprovechando que Boris había salido de pesca y Mijail se encontraba en la escuela, se disfrazó de pordiosero y se presentó en la puerta de la casa del pescador.

–Tengan buen día en nombre de nuestro señor Jesucristo –llamó como solían hacerlo los mendigos en tiempos antiguos, y cuando Tatiana se asomó a la puerta el falso mendigo le dijo con voz plañidera:

–Buena señora, que Dios la bendiga y le multiplique por mil la felicidad de su hogar. ¿No le daría una limosna a este desdichado que teniendo una familia que mantener está enfermo y no puede trabajar y no cuenta en su choza ni con una migaja de pan?

Tatiana vio tanta necesidad y tanta miseria retratadas en el rostro y en la ropa de aquel mendigo desposeído de todo, que se compadeció de él y le dijo:

–Buen hombre, Dios no desampara a nadie. Espéreme aquí y le daré algo que le va a permitir mantener a su familia hasta el día en que logre curarse y pueda trabajar de nuevo.

Ella supuso que el hombre la esperaría de pie en el umbral, pero cuando la buena mujer se dirigió al depósito de ceniza a sacar una moneda de oro para regalársela al pordiosero, el vecino disfrazado la siguió en silencio, la vio sacar la moneda y regresó enseguida al sitio donde ella lo había dejado.

El rufián de Jiro Jirovich Jirov recibió la moneda de oro en medio de mil hipócritas bendiciones, regresó a su casa, se despojó del disfraz de pordiosero y, de inmediato, salió en busca de su amigo el alcalde Iván Ivanov Tararavich.

–Iván, mi querido alcalde, vengo a compartir contigo un secreto que nos puede hacer ricos a ambos– le confió mostrándole la moneda de oro y le contó lo que había descubierto.

–Debemos aprovechar que la mujer está sola en su casa para ir a despojarla de su tesoro –opinó Tararavich.

–Eso mismo creo yo– dijo Jirovich– debemos apresurarnos.

Tararavich le ordenó a un policía municipal que fuera hasta la casa de Boris y le avisara a la esposa del pescador que su hijo Mijail había sufrido un desmayo en la escuela y era necesario que ella fuera a atenderlo.

Así lo hizo el policía, y cuando Tatiana salió a toda prisa hacia la escuela, los dos rufianes se introdujeron dentro de la casa y, en vista de que no pudieron levantar el pesado saco que estaba oculto en el cajón de las cenizas, se llenaron sus bolsillos de relucientes piezas doradas y todavía tuvieron tiempo para tomar el bolso que Tatiana utilizaba para ir de compras al mercado de la aldea y también lo llenaron de monedas.

Escaparon entonces con lo robado, poco antes de que la mujer regresara después de comprobar que la mala noticia sobre su hijo Mijail era falsa.

Más tarde, cuando Boris regresó de su salida de pesca, ella le narró lo había ocurrido, pero Boris, lejos de sentir extrañeza, se limitó a especular:

–Seguramente el que había enfermado era otro niño y el policía se equivocó.

Al amanecer del día siguiente, una sorprendente noticia recorrió la aldea. El alcalde Iván Ivanov Tararavich y su gran amigo Jiro Jirovich Jirov habían tenido que huir de sus casas porque ambas habían sido invadidas por una plaga de cangrejos dorados que se reproducían incesantemente y habían estado a punto de acabar con los dos rufianes. Estos habían ido a parar al hospital a causa de las mordeduras de cangrejo. Había temor de que la plaga se propagara al resto de la aldea y la población estaba casi tan desesperada como cuando, tiempo atrás, se había producido la plaga de piojos.

Enterado de aquel acontecimiento, Boris decidió recurrir de nuevo a la maga Baba-Yaga y remó en su barca hasta el centro del lago. Ahí, a grandes voces invocó a la reina del lago. La reina no tardó en presentarse.

–Maravillosa reina del lago, perdonadme, pero de nuevo vengo a pedir algo para mi gente. Tenemos ahora, en dos casas de la aldea, una inexplicable plaga de cangrejos dorados que estuvo a punto...

–...de matar a los ladrones –interrumpió la maga–, los dueños de esas casas tienen que haber entrado a robar en la tuya porque ese es el terrible castigo que te advertí que recibirían quienes quisieran despojarte de parte de tu fortuna. En el futuro, tienes que ser más cuidadoso para que a nadie más le ocurra eso. Por ahora, regresa a la aldea y preséntate frente a la casa del alcalde. Cuando estés ahí, espera no más a que yo aparezca.

Boris sabía que Baba-Yaga no podía estar equivocada, así que se apresuró a regresar y en cuanto estuvo con el resto de los aldeanos frente a la casa del alcalde, apareció en el aire la maga Baba-Yaga esplendorosamente ataviada y se dirigió a todos.

–Escuchad, honrados habitantes de esta aldea. La plaga de cangrejos dorados no dejará de crecer mientras vosotros no expulséis de la aldea a los dos únicos ladrones que habitan en ella: el alcalde Iván Ivanov Tararavich y su compinche Jiro Jirovich Jirov. Tenéis que atarlos a una vara de fresno y conducirlos a las afueras del pueblo, donde los dejaréis en libertad de ir adonde quieran, con la advertencia de que si regresan algún día yo me encargaré de enviarles un rayo que los convertirá en cenizas. Si

no me obedecéis, la plaga solo respetará la casa del pescador Boris Borisovich Borislov.

Los aterrorizados aldeanos sacaron a Jirovich y a Tararavich del hospital y, atados a una vara de fresno, los entregaron a la policía de una aldea vecina con el ruego de que los enviaran lo más lejos posible, ojalá hasta Moscú, donde a los ladrones los ponían a cepillar los caballos del ejército. Y convencidos de que Boris Borisovich Borislov era un ahijado de la maga Baba-Yaga, lo nombraron alcalde en lugar del rufián mordido por los cangrejos dorados.

Lo que el nuevo alcalde Boris Borisovich Borislov nunca pudo entender, fue cómo los pillos de Tararavich y Jirov habían descubierto el secreto de las monedas de oro concedidas a él por la maga Baba-Yaga. Pero, se sabe muy bien, en Rusia abundan los misterios.

La tortuga que olvidó vestirse

Había una vez en el país llamado Ecuador una tortuga joven, que acababa de cumplir sesenta años y vivía muy lejos de su abuelita, algo que le preocupaba mucho porque a la joven le tocaba cuidar a la anciana, que ya pasaba de los doscientos años de edad.

Cierto día muy caluroso, antes de comerse la lechuga del almuerzo, la tortuga joven decidió quitarse el caparazón para limpiarla y sacarle brillo y también para refrescarse un rato. Así que se quitó su pesada vestimenta y la colocó delante de la puerta de su casa para ir a buscar un cepillo y una palangana con agua jabonosa. Y justo cuando los había encontrado, escuchó el timbre de su teléfono portátil y se apresuró a contestar.

–Aló, ¿quién habla? –dijo pegándose a una oreja,

–Soy yo, tu abuelita –se oyó la voz, demasiado débil, de una anciana tortuga–, y te llamo para decirte que hoy amanecí con un gran dolor de cabeza y necesito que alguien vaya a la farmacia a comprarme un remedio que me lo alivie.

La joven tortuga, muy asustada, le prometió a la abuelita:

–Abue, salgo enseguida rumbo a tu casa y desde ahí me iré directamente hasta la farmacia. Estate abrigada en tu camita y no hagas desarreglos. ¡Llegaré pronto!

La tortuga joven echó a andar enseguida y en el apuro olvidó ponerse de nuevo su caparazón. Aquella misma tarde, dos niños que vivían en las cercanías

regresaban de la escuela y, al ver el caparazón abandonada, se la llevaron para jugar con ella usándola como casco de bomberos, de manera que cuando la joven tortuga, tras darse cuenta de que había partido desnuda, regresó para ponérsela, no la encontró por ninguna parte y se vio obligada a vestirse con un guacal de calabaza que alguien había tirado por ahí.

Cuando emprendió de nuevo el camino hacia donde la abuelita, ya había anochecido y, mientras tanto, uno de los niños se había llevado para su casa el caparazón perdido diciéndose que la usaría para guardar dentro de ella sus lápices de colorear.

Ahora bien, como el andar de las tortugas es extremadamente lento, la tortuga joven tardó dos años en llegar a la casa de su abuelita, le tomó otro año medirle la temperatura, darle de comer y arropar a la anciana, y en el viaje de ida y vuelta a la farmacia tardó cinco años más. Mientras tanto, su caparazón falso se había deteriorado tanto que la pobre tortuga joven ofrecía un aspecto desolador que provocaba la conmiseración de quienquiera que la mirase.

Tan pronto como el medicamento comprado en la farmacia acabó con el dolor de cabeza de la abuela –lo cual tardó otro año–, la atareada tortuga joven emprendió el regreso a su casa y esta vez, caminando con la mayor rapidez que pudo, el viaje duró solamente tres años.

Ocurrió que al llegar a su cueva fue observada por dos jóvenes espigados que regresaban de sus clases en la universidad.

–Mira tú –dijo uno de ellos–, ¡cuán maltrecho se ve el guacal que lleva encima esa pobre tortuga!

El otro se acercó cuidadosamente y, después de examinarla durante unos minutos exclamó:

–¡Claro, compañero, es ella!

–¿Ella, quien?

–¡Cómo que quién! Pues la tortuga que perdió aquel caparazón que nos encontramos tú y yo hace once años, cuando todavía estábamos en la escuela. ¿Recuerdas que yo me lo llevé para guardar ahí mis lápices de colorear?

–Vaya, pues sí, ahora lo recuerdo.

–Bueno, compañero, esta es una tortuga con suerte, porque yo guardo todavía ese caparazón y voy a devolvérsela.

Y así fue como la hacendosa tortuga joven de esta historia recuperó su caparazón limpia y brillante y la pudo llevar sobre la espalda durante los ciento noventa años de vida que aún le quedaban por delante.

Animalarriba y Animalabajo

El pequeño Pablo, su mamá y su hermanita Flora esperaban ansiosamente la llegada del mes de diciembre, que era cuando el padre vendría a pasar las vacaciones con su familia.

El papa del pequeño Pablo estaría ausente durante el resto del año porque era ingeniero y había sido contratado para dirigir la construcción de una represa en América del Sur.

Al amanecer de un día del mes de mayo, la mamá del pequeño Pablo se sintió muy enferma y, como la granja donde vivían estaba bastante alejada del pueblo, tuvo que despertar a su hijo para decirle:

–Mi pequeño Pablo, siento mucho tener que pedirte esto, pero necesito que vayás al pueblo y busqués al médico. Decile que me he enfermado de nuevo y no puedo ir hasta su consultorio porque nuestro auto está descompuesto y se encuentra en el taller del mecánico.

–¿Querés decir, madre, que tendré que caminar solo hasta el pueblo? –preguntó, alarmado, el pequeño Pablo.

–Así es, mi vida, no podemos hacer otra cosa. Ya ves que nos ha caído una calamidad tras otra. Primero, se nos descompuso el auto, después vino esa tormenta que nos desconectó el teléfono y, ahora, me he vuelto a enfermar. Pero no te preocupés, vos sos un niño valiente y yo confío en tu prudencia. Andá, decile al doctor que venga lo más pronto que pueda. Tal vez decida venir enseguida y ojalá te ofrezca traerte en su auto y así regresarás muy pronto.

De modo que, muy temprano, el pequeño Pablo, un niño de apenas ocho años, partió por primera vez solo rumbo al pueblo. Como había hecho muchas veces el mismo recorrido en el auto de la familia –el que ahora estaba en el taller del mecánico–, y creía conocer por ello todos los detalles de la ruta, no le hizo ninguna pregunta a su mamá sobre cómo hacer para no perderse.

A media mañana, cuando el pequeño Pablo creía haber hecho la mayor parte del camino y esperaba divisar muy pronto el campanario de la iglesia del pueblo, cayó en la cuenta de que se había extraviado. El lugar en el que se encontraba le era desconocido y la apariencia de los árboles que se levantaban a ambos lados del camino era muy extraña para él. Hasta el color del cielo daba la impresión de ser el de otro país y los sonidos del bosque no le parecían familiares. En suma, el pequeño Pablo comenzó a sentir temor, y solo conservó el ánimo al recordar que su mamá estaba enferma y lo había llamado un niño valiente.

Se sentó, entonces, a la sombra de unos arbustos a esperar que apareciera alguien a quien pudiera preguntarle cómo encontrar el camino correcto. Pero después de largo rato sin que nadie se presentara, pensó que sería mejor continuar caminando hasta encontrar alguna casa habitada. Al cabo de media hora, se encontró de pronto en las afueras de una población que no recordaba haber visitado nunca.

–Bueno –se dijo en voz alta, para darse ánimo– hay tantas casas en este lugar que de alguna de ellas saldrá alguien y podré preguntarle cómo debo hacer para llegar al pueblo que busco.

Dicho esto, se sintió más atemorizado que antes porque comprendió que le resultaría muy difícil pedir ayuda, ya que él no sabía cuál era el nombre del pueblo al que quería dirigirse. Para él existía el pueblo, el lugar donde estaba la iglesia a la que asistía con su mamá y su hermanita todos los domingos. Era el pueblo en el que podía hallar al doctor que curaría a su mamá. Pero nunca se había preocupado por conocer el nombre de aquel pueblo. En cambio, del pueblo en el que ahora se encontraba sí sabía el nombre, porque a la entrada de él había visto, adosado a un poste, un rótulo que decía:

ANIMALARRIBA

Al pequeño Pablo le pareció que aquel era un nombre muy gracioso para una población, pero no se rio porque estaba verdaderamente preocupado. ¿Cómo iba a preguntarle a alguien el camino que lo llevaría hasta un lugar cuyo nombre él desconocía?

Y así, camina que te camina, el pequeño Pablo llegó a un parque que se veía muy animado por la presencia de muchas personas y muchos animales. Sin embargo, lo que más llamó la atención del pequeño Pablo fue que todas las personas caminaban con los pies sobre el suelo, mientras que los animales no tenían las patas sobre el suelo y ni siquiera caminaban. No caminaban porque no les hacía falta, ya que cada uno de ellos estaba subido sobre la cabeza de una persona, y no había a la vista ninguna persona que no llevara un animal en la cabeza.

No se crea que eran animales de adorno, hechos de papel o de tela. Por el contrario, todos eran verdaderos animales vivos.

Por aquí iba un hombre con un gallo en la cabeza y a su lado marchaba su esposa llevando encima de ella una gallina y, por supuesto, los niños que los acompañaban parecían sentirse muy satisfechos de llevar sobre sus cabezas pollitos en vez de gorros o sombreros.

Más allá, un caballero muy bien vestido se paseaba debajo de un enorme tigre y muchos paseantes adornaban sus cabezas con perros de diversas razas.

Una señora, vestida como si fuera hacia el teatro, atravesaba el parque cargando sobre su cabeza una blanca cabra española y, más allá, un vendedor de helados atendía a sus clientes bajo la mirada deslumbrante de un águila gigantesca encaramada sobre su gorro.

El alcalde de Animalarriba –se sabía que era el alcalde porque llevaba un claro distintivo en la solapa de su chaqueta verde– se dirigía al palacio municipal y no saludaba a nadie porque le habría sido muy difícil inclinarse ante las señoras llevando sobre su cabeza aquel enorme oso hormiguero. A su lado venía el secretario del concejo comunal comentándole algunos asuntos oficiales y acariciando de vez en cuando la guacamaya multicolor que llevaba sobre... desde luego... su cabeza.

–Ahora entiendo por qué este pueblo se llama como se llama –se dijo el pequeño Pablo antes de dirigirse a un altísimo señor sobre cuya rubia cabellera hacía equilibrios una jirafa aún más alta.

–Por favor, caballero –rogó el pequeño Pablo–, ¿me permitiría usted hacerle una pregunta?

El hombre de la jirafa se detuvo, pero la mirada que le lanzó al pequeño Pablo no fue nada amistosa.

La jirafa misma también parecía querer moler a coces al indefenso niño.

–Dígame, joven, ¿tiene usted piojos?

–¿Cómo dice? –exclamó Pablo.

–Quiero decir, en su cabeza. ¿Lleva usted por lo menos un piojo sobre su cabeza?

–Señor, mi mamá nunca me dejaría llevar ni un solo piojo en mi pelo ni una sola pulga en mi ropa. Yo soy muy aseado y, además, mamá dice que soy muy prudente.

–Pues, jovencito, si usted fuera tan prudente como cree su señora madre, no se atrevería a salir a la calle sin llevar un animal sobre la cabeza. ¡Ni siquiera un piojo, lleva usted!

–Claro que no –protestó el pequeño Pablo–, lo único que yo me pongo en la cabeza es una gorra cuando voy a la plaza a ver un partido de fútbol,

–¿No le da pena, niño maleducado, salir a la calle así, medio desnudo?

–Señor, yo nunca salgo medio desnudo a la calle.

–Pues en este pueblo, quien no lleva un animal en la cabeza anda medio desnudo. Eso es lo que dice el inciso f del artículo tercero de la ley contra el impudor. Y andar medio desnudo es un delito que se castiga con multas muy elevadas o con bastantes días de cárcel. Cuando yo era niño, se castigaba incluso con azotes. Pero hoy, claro, las leyes se han vuelto demasiado débiles y está prohibido dar azotes. Si yo lo denunciara...

No había acabado el hombre de la jirafa de lanzar aquella amenaza cuando apareció en medio del parque un caballo que trotaba sobre la hierba llevando sobre su cabeza a un anciano muy gordo. El caballo y

el anciano pasaron de largo y el sorprendido niño no pudo contener su curiosidad.

–Señor –se dirigió el pequeño Pablo al hombre de la jirafa– me imagino que a ese anciano gordo lo llevarán a la cárcel porque no lleva un animal en la cabeza.

–Niño, no diga tonterías. Esos dos, el hombre gordo y el caballo son los dos únicos orates que tenemos en el pueblo y, lógicamente, todo lo hacen al revés. Lo más que se puede decir de ellos es que hoy se pusieron la ropa al revés y en la ley de protección al pudor no se menciona ese delito.

–Por favor, señor, ¿puede decirme qué es un orate? –preguntó Pablo.

–Vamos, ahora usted quiere hacerme decir una mala palabra, pero por una vez vale: un orate es un loco. ¡Qué barbaridad, espero que nadie más me haya oído decir esa palabrota! Y en cuanto a usted, jovencito maleducado, vaya saliendo del pueblo si no quiere que lo acuse ante la policía de las buenas costumbres.

–Señor, eso es lo que más quisiera hacer, pero no sé hacia dónde caminar para salir de este pueblo –dijo el pequeño Pablo tratando de parecer razonable.

–Muy bien –le indicó el larguirucho de la jirafa– siga en la dirección hacia donde apunta la cola de mi jirafa y no se detenga antes de llegar a la orilla del río. Ahí dobla hacia su derecha y muy poco después encontrará un puente que, como todos los puentes, pasa sobre un río. Si usted cruza ese puente estará fuera del pueblo.

El pequeño Pablo siguió al pie de la letra las instrucciones del hombre de la jirafa y no tardó en encontrar el río, pero no pudo utilizar el puente porque a su entrada se leía el siguiente letrero:

PUENTE SOBRE EL RÍO LENTO
SOLO PARA ENTRAR A ANIMALARRIBA
QUIEN LO UTILICE PARA SALIRR SERÁ ARRESTADO

–¿Y ahora qué hago? –se dijo el pequeño Pablo–. Creo que tendré que seguir por la orilla del río hasta encontrar otro puente que sí sirva para salir del pueblo.

Así lo hizo, pero al cabo de un rato descubrió que el río formaba un recodo y se desviaba para perderse en un denso bosque por el que no se podía transitar. Muy cerca de ahí comenzaba un estrecho camino que parecía conducir a alguna parte, así que el pequeño Pablo decidió seguirlo.

No se veía un alma en los alrededores, pero de pronto el pequeño Pablo escuchó a sus espaldas el ruido de muchas pisadas y, espantado, vio venir detrás de él un numeroso rebaño de ovejas. Corrió a protegerse detrás de un árbol plantado a la orilla del camino y docenas de ovejas desfilaron frente a él. Al final, apareció el pastor del rebaño, un anciano muy flaco, con el rostro cubierto por una poblada barba blanca y con la cabeza casi totalmente oculta bajo la pelambre de un enorme lobo que sonreía con aire maligno, enseñando sus largos y afilados dientes.

El pastor descubrió al pequeño Pablo gracias a los amenazadores gruñidos del lobo.

–¿Qué hace usted ahí muchacho? –dijo tan pronto como vio al niño.

–Perdone usted, señor –dijo, tembloroso, el pequeño Pablo–, no era mi intención molestar a sus ovejas. Yo solo trato de encontrar un camino hacia la salida de este pueblo.

–¡Ah, ya veo! Pues usted solo tiene que continuar por donde van mis ovejas y dentro de poco encontrará un cruce de caminos. Al llegar ahí, doble a su izquierda y hallará la salida del pueblo. Y apresúrese, porque si la policía de las buenas costumbres lo encuentra así, medio desnudo fuera de su casa, se verá metido un lío del que no podrá salir nunca, Y ahora tiene que perdonarme, porque debo seguir cuidando mi rebaño.

–¿Cuidándolo de qué, si se puede saber, señor?

–¿Qué clase de pregunta es esa, joven? Lógicamente tengo que cuidarlo de los ataques de los lobos. Los lobos, en cuanto uno se descuida, cometen atrocidades con las ovejas, ¿no lo sabe usted? –dijo el anciano y apuró el paso para alcanzar a sus ovejas.

El pequeño Pablo lo siguió, pero el anciano marchaba tan deprisa que muy pronto se perdió de vista.

Como lo había anunciado el anciano pastor, al fin el pequeño Pablo llegó a un cruce de caminos y, al doblar a la izquierda, encontró la salida del pueblo. Pero de nuevo tuvo que detenerse. Frente a él se levantaba un poste al cual estaba pegado el siguiente rótulo:

¡ALTO! ¡DETÉNGASE!
TERMINANTEMENTE PROHIBIDO A LOS NIÑOS
SALIR DE ANIMALARRIBA POR ESTE CAMINO

El pequeño Pablo se sentó a la orilla del camino y se echó a llorar.

–Nunca podré salir de este pueblo –se dijo sin parar el llanto– y nunca podré avisarle al doctor que mamá está enferma.

Lloró durante mucho tiempo con las piernas dobladas y la cabeza metida entre sus rodillas. Así estaba cuando llegó a sus oídos la voz de una mujer.

–¿Se puede saber por qué llora este niño?–dijo ella.

El pequeño Pablo levantó la cabeza y vio ante él a una dama regordeta y de mirada bondadosa, que llevaba sobre su cabeza una lechuza.

–Señora –explicó el pequeño Pablo– llevo horas buscando la manera de salir de este pueblo, porque tengo que continuar mi camino en busca del doctor que debe ir a ver a mi mamá enferma, pero cada vez que trato de hacerlo algo me lo impide.

–Bueno, niño, dígame qué se lo impide ahora.

–Ese rótulo, señora.

La bondadosa dama de la lechuza leyó el rótulo cuidadosamente

–Ah, ya veo cuál es el problema –dijo y, resueltamente, se dirigió al poste, lo arrancó de donde estaba plantado y lo colocó varios metros hacia dentro del pueblo, más allá de donde el pequeño Pablo permanecía sentado.

–Muy bien, muchacho –dijo–, ya está usted fuera del pueblo. Siga su camino, pero antes séquese esas lágrimas, que no le lucen para nada.

El pequeño Pablo les dio las gracias a la señora y a su lechuza y echó a andar con tanta rapidez como se lo permitían sus piernas, de modo que al atardecer alcanzó a ver el campanario de la iglesia del pueblo al que se dirigía y esta vez se aseguró de fijarse bien en el nombre de aquel lugar. El rótulo de la entrada decía:

ANIMALBAJO

–Así que toda mi vida he vivido en las afueras de un pueblo llamado Animalabajo –se dijo el pequeño Pablo y muy poco tiempo después regresaba a su casa, muy contento y en compañía del doctor.

Bumpa, bumpa, bumpa

En una ciudad de África, situada en las proximidades de la selva, tenía su cuartel un regimiento del ejército del rey. Como eran tiempos de paz, los soldados no tenían que salir a pelear batallas en las fronteras del reino ni a invadir países lejanos, y el general que los dirigía los mantenía ocupados haciendo ejercicios, ayudando a las personas que estuvieran en algún peligro y cuidando que los cazadores no se metieran en la selva a matar a los elefantes para quitarles los colmillos y venderlos a los mercaderes de marfil.

Además, los domingos a mediodía y los miércoles por la tarde varios batallones de soldados salían del cuartel a desfilar, con sus vistosos uniformes, por las calles de la ciudad, al compás de bellísimas marchas ejecutadas por los músicos de la magnífica banda del regimiento.

Siempre que los soldados marchaban eran vitoreados por una multitud de niños, niñas, hombres y mujeres de todas las edades, lo cual enorgullecía al general, quien soñaba con llegar a ser, algún día, presidente de la república. Lo único que le impedía al general convertirse en presidente era que el país todavía tenía un rey a quien el pueblo amaba más que al general.

Lo que la gente de la ciudad más apreciaba del regimiento era la banda de música, y entre los integrantes de la banda el más admirado era el que tocaba la tuba, un enorme instrumento de viento que en casi todas las marchas lo único que hacía era marcar

el paso a los soldados con un monótono e incesante bumpa, bumpa, bumpa que se oía varios kilómetros a la redonda.

Cualquiera diría que el bumpa, bumpa, bumpa de la tuba era muy aburrido, pero estaba demostrado que, si la tuba dejaba de emitir su bumpa, bumpa, bumpa en un desfile, parecía que la banda tocaba mal y la gente cesaba de lanzar vítores a los soldados y al general. Y precisamente porque su bumpa, bumpa, bumpa era tan importante, el músico que tocaba la tuba era el que más tiempo dedicaba a ensayar. Pero, como ya se ha dicho, el bumpa, bumpa, bumpa de la tuba era, cuando la tuba sonaba sola, tan aburrido que a los vecinos del cuartel les molestaban los ensayos del músico que la tocaba y por ello se fueron quejar ante el general.

–General –le dijo el alcalde de la ciudad en nombre de toda la población– nos da mucha pena venir a molestarle, pero tenemos que decirle, con todo respeto, que hasta preferiríamos perdernos el lindo espectáculo de los desfiles a tener que seguir sufriendo el martirio de escuchar interminablemente los bumpa, bumpa, bumpa de la tuba que, no lo podemos negar, tanto contribuye a embellecer el sonido de la magnífica banda de su invencible regimiento.

El general no deseaba perder su popularidad por si acaso un día de tantos el rey abdicaba para retirarse a un convento o decidía morir y el pueblo se pronunciaba en favor de la fundación de una república, ocasión en la que él tendría grandes posibilidades de convertirse en presidente. Por esa razón, prometió al alcalde y a los miembros de su comitiva que tomaría cartas en el asunto. De inmediato convocó en consulta a

su estado mayor, formado por una docena de coroneles que también ansiaban ver al general convertido algún día en presidente de la república para que uno de ellos pudiera convertirse en un general que, a su vez, comenzaría a conspirar para derrocar al presidente con el propósito de convertirse él en presidente. La política es así.

El general y los coroneles discutieron durante varias horas sobre lo que habría de hacerse para que el bumpa, bumpa, bumpa de la tuba no molestara a los habitantes de la ciudad. Nunca antes, después de la última batalla de la última guerra, el estado mayor había discutido durante tanto tiempo acerca de un solo asunto. Finalmente, el más joven de los coroneles dijo que él tenía una idea sobre cómo se podría resolver el problema y, después de recibir del general el permiso de proponerla, dijo:

–Mi general, mis camaradas coroneles, la solución está en hacer que el estupendo músico que tan estupendamente toca el bumpa, bumpa, bumpa, vaya todos los días a practicar su arte en un claro de la selva, a unos cuantos kilómetros de la ciudad, ahí donde solo podrá molestar a unos pocos animales que, por otra parte, no tendrán más que alejarse un poco del lugar para que el bumpa, bumpa, bumpa de la tuba no los perturbe.

Los once camaradas coroneles y el mismo general prorrumpieron en aplausos y felicitaron al joven coronel por haber explicado con tanta claridad la magnífica idea que estaba a punto de ocurrírsele al general.

El general, poniéndose de pie, dijo solemnemente:

–Dispongo que al músico de la tuba se le traslade todos los días, en un coche del regimiento, hasta el borde de la selva, para que se interne un poco en la espesura y se siente ahí a practicar el bumpa, bumpa, bumpa de la tuba.

Y, para demostrar que era un gran estratega y estaba bien preparado tanto para ir a la guerra como para ser presidente el día que el rey abdicara o se muriera, agregó:

–Y dispongo que ese lugar no se encuentre muy cerca de la frontera con el país vecino, ya que si el bumpa, bumpa, bumpa de la tuba llegara a molestar a los habitantes de aquel otro país, bien podría ocurrir que el rey, o el presidente ya que no sabemos quién gobierna por allá, decida declararnos la guerra y ya todos sabemos lo terrible que sería para nosotros, para nuestros soldados y para nuestro amado pueblo tener que volver a empuñar las armas.

Fue así como, a partir de entonces, todos los días de la semana, menos los miércoles y los domingos, el músico que tocaba la tuba era trasladado hasta un lugar en las orillas de la selva, donde él se internaba en la espesura y se dedicaba durante varias horas a perfeccionar el bumpa, bumpa, bumpa. El alcalde, en nombre de la población agradecida, le puso al general una nueva condecoración en el pecho que ya llevaba cubierto con docenas de ellas concedidas por el rey y por el parlamento, y hasta tuvo el desenfado de decirle al general:

–General, estamos tan agradecidos con usted que seguramente, si alguna vez nos llegara a faltar nuestro amado rey, estaríamos dispuestos votar en favor de proclamar la república para que usted pueda ser nuestro presidente.

Pero, como afirmó cierta vez el gran pensador a quien el rey había nombrado primer ministro, “ningún bien dura tanto como para convertirse en costumbre”. Ocurrió que cierta vez se paseaba por las cercanías del claro de la selva donde nuestro músico practicaba el bumpa, bumpa, bumpa, un elefante que, además de ser enorme, era corto de vista, y cuando escuchó el bumpa, bumpa, bumpa se asomó entre las ramas de la espesura y viendo a medias la gran tuba que el músico soplaba con gran maestría, la confundió con una elefanta y exclamó:

—¡Oh!, cuán bella es esa elefanta y qué bella voz tiene cuando canta. Amo a esa elefanta, pero más amo esa voz tan melodiosa.

Sin pensarlo dos veces, el elefante salió de la espesura y, dispuesto a declararle su amor a la tuba, se aproximó a toda velocidad al músico. Cuando vio acercarse la gran bestia, el músico tiró la tuba y huyó despavorido.

El elefante corto de vista quiso saludar con un sonoro beso a la elefanta, pero estaba tan emocionado que, al tratar de agacharse para tomarla por la cintura, tropezó con el tronco de un árbol caído en el que el músico solía sentarse a practicar el bumpa, bumpa, bumpa y, perdiendo el equilibrio, aspiró aire con tanta fuerza que de un solo golpe se tragó la tuba.

El músico y el elefante se separaron, entonces, corriendo en direcciones distintas, ambos muy tristes por haber perdido lo que más quería cada uno: el músico la tuba, el elefante la elefanta. El músico corría rumbo al cuartel y el elefante rumbo al corazón de la selva. El músico llegó a su cuartel diciendo a gritos que un elefante salvaje le había arrebatado la tuba, y el

elefante, una vez reunido con su manada, contaba a grandes voces que había conocido ese día a la elefanta más bella de la creación, y que esta era, además, la dueña de una voz celestial; sin embargo, al igual que el músico en su cuartel, el elefante se lamentaba de haber perdido lo que más había amado en su vida.

El músico fue llevado delante del general para que le contara lo ocurrido. El general lo escuchó atentamente y cuando el relato estuvo completo dijo:

—Lo más sencillo sería comprar una tuba nueva, pero eso presenta dos problemas: haría falta mucho dinero y habría que importarla de Europa, lo cual nos tomaría mucho tiempo; y, por otra parte, el ministro de guerra me tiene envidia porque sabe que mi popularidad es mayor que la suya, lo cual me hace prever que se negará a asignarle a mi regimiento el dinero necesario para pagar por una nueva tuba. Por ello ordeno que a partir de ahora salgan todos los soldados a patrullar la selva en busca del elefante que nos robó el precioso instrumento.

Mientras tanto, allá en las profundidades de la selva el elefante de nuestra historia no se había dado cuenta aún de que llevaba la tuba dentro de su barriga y, pese a que se sentía algo indigesto, se dedicó a comer hojas tiernas en compañía de sus amigos.

Se sabe que un elefante se puede comer hasta media tonelada de hojas en una sola cena. Esto provoca unas pesadas digestiones después de las cuales se duermen profundamente mientras sus barrigas se van llenando de gases que no tardan en convertirse en incómodas ventosidades. Pues bien, esta vez, al elefante que llevaba dentro la tuba le ocurrió algo diferente, ya que los gases de su gran panza comenzaron a circular

por dentro de la tuba y, desde luego, producían un permanente bumpa, bumpa, bumpa. Ni qué decir que nuestro elefante se convirtió en el hazmerreír de la manada, pero muy pronto los elefantes y todos los demás animales de la selva estaban enfadados con él porque de su hinchada barriga surgían, después de cada comida, unos atronadores bumpa, bumpa, bumpa.

Fue así como, al tiempo que del cuartel salían más de cien patrullas a recorrer la selva en busca del elefante que se había robado la tuba, en la selva un pobre elefante era expulsado de todos los lugares donde se detenía a comer su media tonelada de hojas. Y, como dijo cierta vez el gran pensador a quien el rey había nombrado primer ministro, “lo difícil se vuelve fácil en cuanto deja de ser difícil”, a una de las patrullas le resultó sencillo localizar al elefante del bumpa, bumpa, bumpa cuando este, poco después de comer, huía de una manada de búfalos que quería matarlo porque encontraban su barriga demasiado ruidosa.

Después de liberar al elefante de la persecución de los búfalos, los soldados lo ataron con cuerdas y se lo llevaron prisionero hasta su cuartel. Ahí, el general hizo llamar al veterinario que tenía a su cargo la salud de los caballos. Pese a que nunca había tratado a un elefante, el veterinario descubrió enseguida dónde se encontraba la tuba.

–De modo, mi general, que, si queremos recuperar la tuba, tendremos que abrirle la barriga a este monstruo

–sentenció– y me temo que el pobre animal morirá en la operación.

–Caramba, caramba –dijo el general tirándose del bigote, ya que también en África, no solo en Alemania, los generales se tiran del bigote cuando se

ponen nerviosos—, nosotros no podemos permitir que un elefante muera en nuestras manos, puesto que más bien el rey nos ha dado órdenes tajantes de hacer todo lo posible por protegerlos. Por algo en el escudo de nuestro reino aparece la imagen de un paquidermo. Así que debemos buscar otra solución.

Nuevamente, el más joven de los coroneles intervino para interpretar correctamente cuál era el pensamiento del general.

—Mi general —dijo el coronel— como usted mismo ya lo está pensando, yo creo que debemos recurrir a la Asociación Nacional de Cornacas para que nos envíe de inmediato a uno de sus miembros.

El general volvió a darle grandes tirones a su bigote, pues el ignorar lo que es un cornaca lo ponía nervioso y más nervioso lo ponía el tener que admitir su ignorancia en presencia de todas las personas que habían venido a ver el elefante del bumpa, bumpa, bumpa. Para su alivio, el joven coronel prosiguió:

—Por supuesto, mi general, usted sí sabe qué es un cornaca, pero en beneficio de los ignorantes que nos rodean y no lo saben, diré que un cornaca es una persona que sabe domar y conducir elefantes.

—Así es, coronel —dijo el general—, pero no tiene usted que entrar en tanto detalle. Tenga usted mismo la amabilidad de dirigirse a la Asociación Nacional de Cornacas para pedir, como ya se lo he sugerido, que nos envíen a un cornaca o a una cornaca, lo primero que tengan a mano.

Cuando por fin se unió al regimiento un cornaca profesional, este no tardó mucho en domar al elefante y enseñarle a comer hojas de cierta clase justamente

antes de los desfiles. De ahí en adelante, y para satisfacción del general, los habitantes de la ciudad concurrían cada vez en mayor número a presenciar los desfiles del ejército, encabezados ahora por un gigantesco elefante. Detrás de él, la numerosa banda ejecutaba sin parar las más bellas marchas del mundo. Y lo mejor de todo era que, desde la barriga del elefante, la tuba dejaba oír el prodigioso bumpa, bumpa, bumpa que tan bien hacía marchar a los soldados. Tanto, que la popularidad del general aumentaba cada día y hasta el mismo rey venía a veces a ver el desfile dominical. El músico que antes tocaba la tuba fue nombrado cornaca auxiliar del cornaca y se hizo el propósito de convertirse, una vez que caducara el contrato del cornaca profesional, en el cornaca permanente del regimiento, y más tarde, conseguir que otro elefante se tragara una trompeta, otro se tragara un trombón y así sucesivamente hasta reunir la orquesta de barrigas más grande del mundo.

Han pasado muchos años y no volvimos a saber nada de la suerte de aquel reino, de su rey, del general o del elefante. Ni siquiera podemos decir si alguna vez fundaron ahí una república y, de haber sido así, quién fue su primer presidente. Sin embargo, un viajero amigo nuestro nos contó hace poco algo que no sabemos si es cierto. Decía él que, en algún puerto africano del Océano Índico, un marinero muy viejo dijo haber sido testigo, hallándose a bordo de un barco, de un episodio muy curioso. En el barco, que navegaba hacia la India, viajaba la banda de música del ejército de un país cuyo nombre él había olvidado. Aquella banda era famosa en todo el mundo porque

formaban parte de ella varios elefantes que tocaban marchas militares haciendo sonar sus barrigas. De pronto, en alta mar, en medio de una niebla que se podía untar en el pan como si fuera mantequilla, el barco se quedó a la deriva, en peligro de ser embestido por otras embarcaciones. Para empeorar las cosas, también se quedó sin posibilidad de poner a funcionar la sirena de niebla que habría servido para advertir de su proximidad a los demás navíos.

La tragedia parecía inminente, según contaba el viejo marinero, pero el director de la banda, músico y cornaca a la vez, resolvió el problema subiendo a la cubierta y dándole de comer grandes cantidades de alimentos a un gigantesco elefante que, de inmediato, puso su barriga a sonar atronadoramente BUMPA, BUMPA, BUMPA, BUMPA, BUMPA hasta que por fin se disipó la niebla y fueron reparadas las calderas. Al parecer, el bumpa, bumpa, bumpa de aquella vez se escuchó en el Océano Índico desde Madagascar hasta la India y aterrorizó tanto a los peces que durante los nueve años siguientes no fue posible pescar, en aquel vasto océano, ni una minúscula sardina.

Ícaro, hijo de Dedómalo

Lo que aquí se cuenta ocurrió en una época muy antigua, cuando aún no se había inventado la navegación a vela. Por entonces, quien quisiera viajar con frecuencia de una isla a otra tenía que aprender a remar desde muy pequeño.

Si alguien quisiera viajar sin empuñar los remos, el pasaje en bote le costaba tan caro que muchas veces un corto paseo significaba para el viajero caer en la ruina. Y como en esa época la moneda que se usaba en las islas griegas se llamaba dracma, se decía que si alguien se arruinaba se encontraba en una situación poco dracmática. Es por eso que, según se cuenta, los griegos eran muy buenos practicando las artes dracmáticas y escribían dracmas para que fueran representados en el teatro. Nosotros, ahora, los llamamos dramas porque así es más fácil pronunciar el nombre. Alguna vez, en el futuro, ustedes, jóvenes lectores, estudiarán en el colegio los dramas de un griego muy famoso que se llamó Esquilo.

Pues bien, en una de islas, llamada Creta, reinaba por aquel tiempo el cruel rey Minos, un tirano arrogante que deseaba ser el rey más famoso del mundo a pesar de que su reino era de muy pequeñas dimensiones y tenía muy pocos habitantes. Sin embargo, Minos poseía muchas riquezas porque en Creta abundaban las minas de oro y él era el dueño de todas ellas.

Un día, Minos decidió que para adquirir verdadera fama haría construir en las cercanías de su

palacio la torre más bella y más alta del mundo, así que hizo llamar a su lado a Dedómalo, el mejor arquitecto de toda Grecia, y le pidió que diseñara y construyera una torre que no pudiera ser igualada por ninguna otra en el mundo, ni por su belleza ni por su altura.

Al igual que a todo el mundo, a Dedómalo, el rey Minos le caía muy mal, pero aceptó hacerle la torre porque necesitaba la gran cantidad de dracmas que Minos le ofreció por su trabajo. El gran arquitecto quería acumular una pequeña fortuna para poder pagarle un viaje de estudios a Egipto a su hijo Ícaro, quien también quería hacerse arquitecto para dedicarse exclusivamente a la construcción de pirámides similares a las que ya se levantaban en el país de los faraones, como los profesores pedantes llaman a Egipto.

De modo, tiernos lectores, que Dedómalo se puso manos a la obra, y como el rey Minos le había dicho que no importaba el costo que tuviera su capricho, contrató a diez mil obreros, mil artesanos, cien escultores, seiscientos cocineros, ochenta lavadores de platos y ciento veinte camelleros con sus respectivos camellos para que le ayudaran a realizar aquel enorme trabajo.

Cuando la obra estuvo terminada, Dedómalo se sintió muy orgulloso del resultado, pues aquel enorme edificio que se elevaba casi hasta las nubes y podía ser visto por los marineros desde una gran distancia, era sin duda el más bello y el más alto que se hubiera construido jamás en el mundo. Minos y sus cortesanos estuvieron de acuerdo, pero el rey sintió temor de que el rey de otra isla le encargara a Dedómalo la construcción de una torre aún más bella y más alta que la suya,

y por eso ordenó que al arquitecto le cortaran la cabeza.

Afortunadamente, Dedómalo tenía en la corte de Minos algunos amigos que lo admiraban y estos intercedieron ante el rey para que no le quitara la vida. El tirano Minos accedió a que la pena de Dedómalo se rebajara y solamente fuera encerrado de por vida, junto a su hijo Ícaro, en la misma torre que había construido.

Ícaro y Dedómalo fueron, pues, encerrados en la torre y lo único que se les permitía recibir cada día, de parte de los soldados que vigilaban las entradas y las salidas del edificio, era una ración de aceitunas, otra de queso de cabra, dos odres de agua limpia para que bebieran y cuatro odres de agua no tan limpia para que se asearan, medio kilo de cera para que encendieran velas dentro de la oscura torre a la que se le habían tapiado todas las ventanas, y un par de cucharadas de vino y otro par de cucharadas de aceite de oliva para que sus cuerpos conservaran la salud. Por demás, la única libertad de la que gozaban padre e hijo era la de salir cuanto quisieran a la azotea de la torre, desde donde les resultaría imposible escapar. Esa libertad la aprovechaban los prisioneros para tomar el sol, hacer ejercicio y mejorar sus dietas robándoles los huevos a algunas de las aves que construían sus nidos en lo alto de la muralla que protegía a la azotea del viento.

Como es natural en un sitio tan concurrido por las aves, en el suelo de la azotea se depositaba diariamente una gran cantidad de plumas. Dedómalo dispuso que entre ambos las recogerían pacientemente cada semana. Ícaro consideraba que aquel era un ejercicio inútil, pero un día de tantos su padre le dijo:

–Filiakos Ikarus, eponimata eideia plumakis akumulaion.

Lo que en el dialecto griego que ellos hablaban significaba:

–Hijo mío, Ícaro, es una magnífica idea continuar guardando esas plumas.

–Patriarkos, –preguntó Ícaro– ¿con qué propósito seguiremos guardándolas?

–Déjame decirte una cosa, hijo querido. Además de guardar las plumas para hacernos dos buenos colchones que nos permitirán dormir más cómodamente, vamos a pasarnos más tiempo en la claridad de la azotea a fin de ahorrar la mayor cantidad posible de cera y luego te cuento cuál es mi plan.

Fue así cómo, durante más de mil días padre e hijo ahorraron tanta cera como pudieron y, finalmente, Dedómalo le dijo a Ícaro:

–Hijo, pronto vamos a ser libres. Escucha: con ayuda de la cera, vamos a pegar las plumas para construir dos pares de alas lo suficientemente grandes como para que, saltando desde lo alto de la muralla, podamos volar hasta la lejana isla de Chipre, donde nos pondremos al servicio del rey de aquella isla y le pediremos ayuda para obligar a Minos a pagarnos la fortuna que nos ha robado.

Dicho y hecho. En menos de una semana, los dos pares de alas estuvieron listos y los prisioneros se prepararon para volar con ellas. El primero en echarse a volar al amanecer del siguiente día fue el joven Ícaro, quien voló plácidamente debajo de las nubes, pero cuando subió por encima de ellas el sol no tardó en calentar demasiado las alas del joven, lo cual provocó que la cera se derritiera y, tras perder todas la

plumas, Ícaro cayera al mar donde, según le pareció a Dedómalo, terminó ahogándose.

Desde lo alto de la muralla, el desolado padre juró a los cielos que se liberaría para vengar la muerte de su hijo.

–¡Maldito reyezuelo cretense! –gritaba–, pagarás por la injusticia que me has hecho y sufrirás un siglo por cada cabello de mi hijo.

Tan pronto como hubo una noche clara, Dedómalo se puso las alas y echó a volar rumbo a Chipre. Voló a toda velocidad durante la noche, ya que debía llegar a su destino antes del amanecer para que no le ocurriera la misma desgracia que le había acontecido a su hijo Ícaro. Gracias a que el viento soplaba aquella noche hacia el este, poco antes del amanecer Dedómalo alcanzó a divisar la luz de las antorchas encendidas en el palacio del rey de Chipre y, guiado por ella, descendió delicadamente sobre las arenas de una playa cercana a la ciudad.

El rey de Chipre fue despertado por los gritos de la gente que corría despavorida por las calles que rodeaban el palacio, gritando que un hombre volador había descendido del cielo y se había posado en la playa. El rey reunió un pelotón de soldados y se encaminó hacia la playa donde encontró a Dedómalo caminando mientras arrastraba sus dos grandes alas sobre la arena.

–¡Alto ahí, forastero! –ordenó el rey levantando en alto su espada de bronce.

Dedómalo soltó sus alas y se inclinó delante del soberano.

–Glorioso rey de Chipre –dijo– soy un fugitivo que implora vuestra protección. Vengo desarmado, como podéis ver.

–Os pondré bajo mi protección –dijo el rey– pero antes debéis identificaros. Decidnos quién sois y de dónde habéis venido.

–Glorioso rey de Chipre, mi nombre es Dedómalo y soy arquitecto.

En cuanto el rey escuchó aquel nombre envainó su espada y, lleno de admiración por el hombre que tenía enfrente, exclamó:

–¿Sois en verdad el famoso arquitecto que construyó la maravillosa torre de Creta?

–Lo soy, oh rey, y he volado hasta aquí huyendo de la injusticia que sufrí a manos del cruel rey Minos. Os pido que me permitáis vivir en esta isla del cobre y acogerme a tus sabias leyes, oh rey de los chipriotas.

–Sois bienvenido a mi palacio, oh Dedómalo, el más grande de los arquitectos del mundo griego. Vuestra fama ha de haber llegado ya hasta los más alejados reinos de Oriente. Venid, descansad en mi palacio y luego nos contaréis lo que os ha ocurrido. Por lo pronto, solo os pido una cosa a cambio de mi protección...

“Vaya, ahora este me va a salir con que quiere que le levante una torre más alta y majestuosa que la levanté a Minos”, pensó Dedómalo, pero se equivocaba.

–Sólo os pido –dijo el rey de Chipre– que enseñéis a volar, como lo habéis hecho vos mismo, a todos mis soldados y que vos los conduzcáis a hacer prisionero a mi enemigo Minos, el rey de Creta.

–Nada desearía más que eso, oh glorioso rey de Chipre –respondió al punto el cansado Dedómalo–

pero me temo que no será posible porque estas alas solo pueden ser usadas de noche. Justamente por usarlas de día, mi querido hijo Ícaro se precipitó al mar donde, estoy seguro, murió ahogado.

–Ya veremos –dijo el rey de Chipre quien, además de justo era muy cabeza dura– ya veremos. Os contrato al precio que me pidáis para que encontréis la manera de construir alas que resistan la luz y el calor del sol. Ya veremos. Por lo pronto, venid conmigo y descansad sobre un mullido lecho en mi palacio.

Dedómalo descansó durante tres días, al cabo de los cuales, movido más por el deseo de vengar la muerte de Ícaro que de obtener una fortuna del poderoso rey de Chipre, se dedicó a estudiar la manera de construir alas livianas que les permitieran a los soldados de Chipre alzar el vuelo. Después de mucho cavilar, pidió ser recibido por el rey para decirle:

–Magnánimo señor de Chipre, creo que me ayudaríais a llevar a buen término vuestro encargo si ordenarais que los sabios de la corte me proporcionen una lista de todas las clases de árboles que crecen en esta Isla del Cobre, como llaman a Chipre por sus minas de ese metal.

–Vuestros deseos se convertirán en órdenes, admirado Dedómalo, regresad a vuestro descanso que será interrumpido solo cuando mis sabios os lleven esa lista. A todo esto, ilustre constructor de maravillas, ¿Os sentís a gusto en mi palacio?

–Señor de Chipre –respondió Dedómalo– aquí me siento muy a gusto, pero ardo en deseos de trabajar para que vuestro ejército vuele y se apodere de los tesoros de Creta y traiga cautivo al maligno rey Minos. Solo os ruego, gran señor de la Isla del

Cobre, que acuciéis a los sabios chipriotas para que me aporten todo lo que conocen de la dendrítica de este reino.

–¡Oh! –exclamó admirado el soberano de Chipre–, veo que conocéis muy bien nuestra preciosa lengua. Habéis dicho dendrítica, lo cual demuestra que ya sabéis que los griegos de esta isla usamos la palabra “dendrós” para referirnos a los árboles.

–Mi señor. Veo venir el tiempo en el que todas las palabras relacionadas con la ciencia y el arte sean, en todos los idiomas del mundo, descendientes las palabras que se usan en vuestra isla. Y sueño con una venganza suprema: que, como parte del castigo que recibirá el execrable rey de Creta, un día, en el futuro, en muchas lenguas del mundo ser cretino signifique ser estúpido o imbecil.

–Así sea –dijo el rey de Chipre y soltó una sonora carcajada.

El rey de Chipre pidió a sus sabios que confeccionaran un catálogo dendrológico de la isla y les advirtió que por cada tres días que tardaran en hacerlo le haría cortar la cabeza a uno de ellos, de modo que al amanecer del tercer día el catálogo estuvo completo y le fue enviado a Dedómalo. Este, a quien le servían el desayuno en la cama, volcó un cuenco de leche sobre las sábanas en cuanto descubrió que uno de los árboles más abundantes en la parte de Chipre que no había sido deforestada para abrir minas de cobre, era el alcornoque. “Solo en el cabo norte de la isla”, se leía en el pergamino enviado por los sabios, “quedan todavía más de veinte mil alcornoques adultos en buen estado de salud”.

–¡Eureka! ¡Eureka! –gritaba Dedómalo mientras corría semidesnudo por las calles de la ciudad–, hemos encontrado la solución, hemos encontrado la solución. Cuando el rey se enteró que la policía de las buenas costumbres de Chipre había llevado a prisión a Dedómalo, se puso tan furioso que él mismo se encargó de liberarlo y dio la orden de que le dieran cien azotes al jefe de la policía. Solo dio contraorden cuando, al décimo latigazo, alguien le recordó que el jefe de la policía de buenas costumbres era un sobrino suyo que ostentaba el título de príncipe.

La corteza del árbol conocido como alcornoque es una madera esponjosa y liviana conocida con el nombre de corcho. Dedómalo construyó con ese material una gran cantidad de alas forradas con plumas, y así el ejército del rey de Chipre pronto contó con mil guerreros voladores. Aquella fue la primera fuerza aérea de la historia.

Cuando todo estuvo listo, el rey dio a su flota la orden de invadir Creta. En cada barco se acomodaban veinte remeros. Cada uno de ellos llevaba, además de sus armas, un par de hermosas alas de corcho. En el primero de ellos, viajaba Dedómalo.

La expedición militar chipriota partió al amanecer de un día despejado, y al anochecer del cuarto día tuvo a la vista las costas de Creta.

El rey Minos, alertado de la presencia de los barcos de guerra de Chipre por unos pescadores, armó su propia flota y la hizo salir a dar batalla. Pero ocurrió que la mitad de los soldados chipriotas vistieron sus alas, se echaron a volar por encima de la flota cretense y en un santiamén se apoderaron

del palacio de Minos, que había quedado casi indefenso. Los pocos soldados que se hallaban en el palacio de Minos huyeron despavoridos al ver la nube de soldados extranjeros que descendía sobre ellos. Después de capturar a Minos, los invasores volaron de vuelta rumbo al mar y se dedicaron, desde el aire, a hundir lo que todavía quedaba de la flota cretense.

El rey de Chipre hizo encerrar a Minos en los sótanos de una prisión, tomó del tesoro que se le había incautado a Minos la suma que este le debía a Dedómalo, se la entregó al arquitecto y lo nombró gobernador y virrey de Creta.

Dedómalo, pues, volvió a Creta convertido en el hombre más poderoso de aquella isla, pero siempre siguió sintiéndose triste a causa de la ausencia de su hijo, a quien creía muerto. Pero todo cambió el día en que unos viajeros procedentes de otra lejana isla, llamada Sicilia, se presentaron ante Dedómalo para contarle que en Sicilia vivía un joven que decía haber llegado desde Creta y haber sobrevivido a una vertiginosa caída desde las nubes. Enterado de esto, Dedómalo envió una misión de buena voluntad a Sicilia en busca del que podría ser su hijo Ícaro y, en efecto, cuando sus enviados regresaron padre e hijo pudieron abrazarse de nuevo.

Y, para que todo terminara bien, como ocurría siempre en las historias de antes, cuando el rey de Chipre anunció que su hija mayor había llegado a la edad de casarse, Ícaro se presentó como pretendiente. La princesa de Chipre quedó deslumbrada por el joven hijo del virrey de Creta y, colorín colorado, tuvo lugar el enlace y algún tiempo después Ícaro se convirtió en rey, al mismo tiempo, de Chipre y de Creta.

La gacela cuello largo

En una sabana del país llamado Kenia, la manada de gacelas que ahí vivía se veía obligada, cuando comenzaba la sequía al final de cada verano, a cruzar un caudaloso río para trasladarse a tierras más altas, donde las plantas se conservaban verdes. En cuanto llegaba la primavera siguiente, la manada descendía de nuevo hasta el río y lo cruzaba en sentido contrario para regresar a la sabana.

Todas las gacelas de la manada se sentían felices. Todas excepto una, a quien se le había metido entre ceja y ceja la idea de llegar a tener un cuello tan largo como el de las jirafas, y todo el tiempo se lo pasaba hablando de la necesidad de que alguien inventara una manera de estirarles el pescuezo a las gacelas sin hacerles daño.

La joven inconforme incordiaba tanto con sus historias de lo bueno que sería tener un cuello tan alto como una escalera de bomberos, que sus amigas hacían todo lo posible por estar lejos de ella para no tener que escuchar sus interminables discursos.

–Escúchenme –solía decir–, piensen en lo ventajoso que sería poder comernos las frutas, las hojas y las flores de los árboles sin tener que bajar la cabeza. Teniendo la cabeza siempre en alto nos mantendríamos alertas para descubrir a tiempo a las fieras y a las partidas de cazadores que nos buscan para hacernos daño. Además, así no tendríamos que atravesar dos veces al año el río lleno de cocodrilos porque ya no tendríamos que preocuparnos por la desaparición de la hierba a causa de la sequía.

Así parloteaba durante horas y horas la gacela protestona, de manera que llegó el día en que la manada entera se cansó de escucharla y la obligó a separarse del grupo.

–Váyase lo más lejos posible de aquí –le ordenaron–, busque a alguien que le quiera estirar el pescuezo a usted y no regrese nunca.

Fue así como la gacela que quería tener un cuello largo como el de las jirafas tuvo que irse sola por esos caminos de Dios.

–Ya verán la envidia que me van a tener cuando regrese con el cuello estirado y me vean comiendo frutas tomándolas con el hocico directamente desde las ramas. Entonces, cuando el hambre apriete no vengan a pedirme ayuda –dijo a manera de despedida. Se fue luego por la ruta polvorienta que los humanos habían abierto a través de la sabana y conducía directamente hasta la ciudad de Nairobi, la capital de Kenia. En menos de una semana llegó al centro de la bulliciosa ciudad y el primer sitio que quiso visitar fue un gimnasio en el que un enorme rótulo anunciaba la existencia de toda clase de aparatos para hacer más grande y fuerte cualquier parte del cuerpo. Cualquier parte menos el cuello, detalle que disgustó a la gacela fugitiva y la obligó a buscar al administrador de aquel establecimiento para reclamarle.

–Señor –le dijo en cuanto lo tuvo enfrente–, supongo que usted no querrá que lo llamen mentiroso. ¿Estoy en lo cierto?

–Por supuesto –le respondió el administrador del gimnasio– que a mí no me gustaría ser llamado mentiroso, pero no entiendo por qué usted me hace esa pregunta.

–No se haga el inocente, señor, en el rótulo de su gimnasio dice que en este lugar los clientes podemos encontrar aparatos que sirven para agrandar y fortalecer cualquier parte del cuerpo, pero no veo en este lugar nada que sirva para alargar el cuello. Y lo que yo necesito es alargar mi cuello.

El administrador admitió que la recién llegada tenía razón, así que le pidió perdón y le prometió:

–Mañana mismo tendremos resuelto su problema. El encargado de mantener en buen funcionamiento nuestros aparatos es un excelente ingeniero que nosotros mismos enviamos a estudiar en una estupenda universidad extranjera. Estoy seguro de que de inmediato diseñará y construirá el aparato que nos permitirá estirarle el cuello a una cliente tan honorable como usted. Regrese, se lo ruego, mañana a la hora de almuerzo y le prometo que a la hora de la cena tendrá usted un cuello tan grande como el de la jirafa más encumbrada del mundo.

A la hora de almuerzo del día siguiente, cuando la gacela se presentó de nuevo en el gimnasio, el ingeniero y el administrador tenían ya listo un complicado aparato sobre el que ataron a la gacela antes de ponerlo a funcionar. Poco a poco, el cuello de la gacela se fue estirando sin que ella sintiera dolor y, al cabo de tres horas, la máquina se detuvo. Todo parecía haber salido bien, pero al tratar de levantarse sobre sus patas, la gacela apenas pudo hacerlo. El estirado cuello de la cliente era, efectivamente, tan largo como el de una jirafa, pero inexplicablemente la gacela no podía mantenerlo levantado. El nuevo cuello parecía ahora una tira de trapo mojado, de modo que la cabeza de la pobre gacela se arrastraba por el suelo como si

se tratase de una cola. Respiraba bien y alcanzaba a sostenerse sobre sus cuatro patas, pero desde su cabeza que se deslizaba sobre el polvo del piso no alcanzaba a ver mayor cosa del mundo y, para peores, le resultaba casi imposible hablar.

–Tienen que ayudarme –podía decir apenas con una vocecita de pito. Al escucharla, el administrador y el ingeniero se asustaron tanto que de inmediato despidieron a los demás clientes del gimnasio y corrieron en busca del único médico brujo que ejercía su profesión en Nairobi.

El médico brujo llegó al gimnasio montado en su escoba voladora y, después de examinar a la gacela pidió que le consiguieran un saco de yeso, un rollo de alambre de cobre y un par de cubetas de agua. Después fue colocando alrededor del cuello de la gacela una armadura de anillos de alambre forrado con yeso endurecido, de manera muy parecida a la que usan los médicos para inmovilizarle los huesos a una persona que ha sufrido una fractura.

–Este animalito debe permanecer quieto hasta el amanecer de mañana –dijo el médico brujo, le cobró al administrador el precio de la consulta y se marchó por donde había venido, aferrado a su escoba voladora.

Cuando el sol salió la mañana siguiente, la gacela se paró sobre sus cuatro patas y, ¡oh maravilla!, pudo levantar su cuello cuan alto había quedado y así pudo marcharse de regreso a la sabana de donde había venido. Ya en el camino de vuelta, la gacela tuvo que escapar muchas veces de los tumultos que se formaban en las aldeas que atravesaba, pues en todas ellas aparecían multitudes que querían ver de cerca aquel animal tan raro, que se parecía tanto a una gacela como a una jirafa. Los escándalos se hicieron tan grandes

que no tardaron en llamar la atención del gobierno de Kenia, de manera que finalmente las autoridades dieron la orden de que el animal al que unos llamaban gacelirafa y otros llamaban jiracela fuera capturado para que los científicos del gobierno lo estudiaran. Tras haber sido detenida, la asustada criatura fue encerrada en el jardín zoológico de Nairobi bajo la vigilancia de la policía.

Todos los científicos de Kenia fueron al jardín zoológico a observar el extraño nuevo animal con el fin de decidir sobre cuál sería el nombre que se le daría, ya que esto era lo que más le interesaba al gobierno después de que en el parlamento un diputado había propuesto que la efigie de la gacelirafa o jiracela figurara en el escudo de armas nacional de Kenia.

En vista de que los científicos kenianos no lograban ponerse de acuerdo entre ellos, fue convocado un congreso internacional de sabios provenientes de todo el mundo para ver si era posible que estos, menos presionados por los problemas políticos de Kenia, lograban llegar a un acuerdo razonable.

La reunión mundial de sabios tuvo lugar en una enorme sala de conferencias de la Universidad de Nairobi y, después de una semana entera de discusiones, se formaron dos bandos irreconciliables, uno dirigido por los sabios ingleses y otro azuzado por los sabios franceses.

El bando inglés sostenía que el animal recién descubierto era una variedad de la subespecie conocida como jirafa reticulada, perteneciente a la especie *Giraffe camelopardalus*, descubierta por un zoólogo de Inglaterra, mientras que el grupo francés afirmaba

que el nuevo animal era pariente de la *Eudorcas thompsonii*, más conocida como Gacela de Thompson, bautizada así en homenaje a un científico escocés y, ya se sabe, a través de la historia Francia siempre ha simpatizado más con Escocia que con Inglaterra.

El debate se volvió tan peligroso que la misma ONU tuvo que intervenir para evitar que por primera vez desde 1815 estallara una guerra entre Francia e Inglaterra. Y las cosas habrían llegado demasiado lejos si no hubiera sido porque los niños de todas las escuelas públicas de Nairobi salieron de sus aulas una mañana, se dirigieron hasta el jardín zoológico de su ciudad y, sin que nadie pudiera detenerlos, tomaron a la gacelirafa, jiracela, liracelafa, facelijara o como quiera que la llamen y la pusieron en libertad en la selva de Kenia para que ahí viva a su manera hasta el fin de sus días.

Así se evitó la guerra franco–inglesa y se dice que aquel es el único animal de Kenia que nunca pudo ser clasificado por los científicos, fueran estos kenianos, alemanes, belgas, chinos, franceses, ingleses, turcos, rusos o marcianos.

El Pésimo

Nadie se puede explicar cómo ocurrió tal cosa, pero lo cierto es que aquel año subió a la primera división de la liga española de fútbol un equipo tan malo que al cumplirse la quinta fecha del campeonato ya ocupaba el último lugar de la tabla de clasificación, no había obtenido un solo punto, había anotado un único gol y había recibido 65, es decir, un promedio de trece por juego. Lo peor de todo era que, para entonces, no se había enfrentado a ninguno de los grandes equipos de la liga.

El desempeño de aquel equipo era tan desastroso que narradores y comentaristas deportivos habían olvidado el nombre oficial del club y lo llamaban simplemente “el Pésimo”. Sin embargo, contra lo esperado, cada vez era mayor el número de aficionados que iban a los estadios a ver los partidos que jugaba el Pésimo, lo cual era de gran ayuda para los clubes que estaban en apuros económicos, porque cuando el Pésimo llegaba a jugar de visita la taquilla siempre resultaba astronómica. “Cuando juega el Pésimo, en España todo el mundo olvida la crisis económica y todo lo malo que está haciendo el gobierno porque siempre los aficionados al fútbol consiguen euros suficientes para pagarse una entrada al estadio”, comentó el famoso periodista deportivo catalán Jordi Macías Escorriola, quien, además de filósofo, es medio vasco.

La verdad era que el único buen jugador con el que contaba el Pésimo, era un delantero zurdo de San Sebastián llamado Leocadio Lokiustekiera, a

quien, por ser también vasco, le apodaban “Esquerro”. Esquerro Lokiustekiera había logrado anotar, en ocho partidos, apenas un tanto, pero clavado contra su propia meta, así que pasó a llamarse por un tiempo “Esquerro el autogoleador”.

Por supuesto, los partidos que jugaba el Pésimo no eran transmitidos por la radio ni por la televisión, excepto por la estación local de radio del pueblo de Punta Gorda, donde se ubicaba la sede oficial del club, que solo se podía escuchar en un área de diez kilómetros cuadrados alrededor de la antena situada en lo alto del faro de Santa Eulalia, el farallón de España donde ocurrían más naufragios de botes pesqueros desde los tiempos de los Reyes Católicos.

Los espectadores que asistían a los estadios cuando jugaba el Pésimo se sentaban en las graderías a leer libros, revistas y periódicos, a jugar a las damas, a ver programas de dibujos animados en sus televisores portátiles o a enviar y recibir mensajes en sus tabletas o sus teléfonos, y solo se fijaban en lo que acontecía en la cancha cuando el equipo contrario al Pésimo tomaba la pelota, porque lo que ellos querían era ver goles y casi siempre el avance contra la puerta del Pésimo terminaba en un tiro directo.

A partir de la fecha número quince del campeonato, las cosas empeoraron de tal manera que ya casi en todos sus partidos el Pésimo recibía más de veinte goles y aquello colmó la paciencia de don Diosdado Cebollas, conde de Canilleras, presidente y accionista principal del club. El conde convocó a todos los integrantes del equipo, incluido el entrenador Leónidas Pamparacuatro, antiguo defensa del Celta de Vigo, y les advirtió:

–Señores, esto ya es el colmo. En toda la historia de las ligas de Europa, ni en la porquería de campeonato de Kazajstán ha ocurrido nunca lo que está pasando en España con nuestra participación en la primera división. Eso de llevar 185 goles en contra y solo dos a favor es algo intragable y la Junta Directiva de nuestro club ha decidido no aguantarse un fracaso más. A partir de hoy, sus sueldos quedan reducidos a la décima parte de lo que han sido hasta ahora y por cada gol que le anoten a nuestro equipo cada uno de ustedes tendrá que pagarle a la empresa una multa de treinta euros. Y el que no quede contento con esto, ya se puede ir a freír churros en Andorra o a jugar fútbol en la tercera división de Paraguay. ¡He dicho!

Después de escuchar semejante rapapolvo, y viendo tan amenazados sus ya descosidos bolsillos, los jugadores y el cuerpo técnico del Pésimo se reunieron en privado y decidieron que el sábado siguiente, en su partido contra el Sevilla F. C., iban a poner por el suelo al equipo andaluz, pues como todos sabemos, la ciudad de Sevilla se encuentra en Andalucía.

En vez de entrenar como Dios manda, los jugadores y el entrenador del Pésimo se fueron a un salón del puerto de Punta Gorda y se dedicaron durante dos días a jugar al fútbol con el fin de mejorar su estrategia en la cancha, de manera que prácticamente no durmieron antes de subirse el viernes por la tarde al autobús que los llevaría hasta Sevilla.

Mientras tanto, allá en el espacio sideral estaba ocurriendo algo muy grave para la especie humana que aún no había sido descubierto por la NASA, ni por la Organización Europea del Espacio, ni por el Ministerio Ruso de la Conquista Intergaláctica, que seguía siendo

controlado por el Partido Comunista de la Federación Rusa. Tampoco sabían de ello el Comité Central del Partido Comunista de China, ni el Observatorio Espacial Costa Rica, ni los brujos de la Isla de Pascua. Y todo era tan simple como esto: una poderosa flota espacial, procedente de la Galaxia aún no bautizada pero conocida por la clave G-350-OSA-125 puesta por su descubridor, el astrónomo iraní Mulasyev Abender, estaba llegando a los confines de nuestro sistema solar y se disponía a observar el planeta Tierra para determinar si sus avances tecnológicos lo hacían peligroso, en cuyo caso procederían a destruirlo.

Como es de suponer, en Punta Gorda y en Sevilla aquel acontecimiento era totalmente ignorado y lo único que importaba en ambos centros de la cultura española era el partido que tendría lugar el día siguiente en el estadio Sánchez Pizjuán de Sevilla. Así las cosas, mientras los alienígenas venidos desde el otro extremo del universo preparaban por si acaso sus cañones de rayos desmaterializantes, los jugadores del Pésimo se echaban el último sueño antes del partido.

El sábado por la tarde, cuando el árbitro madrileño Monodio Zavaleta dio el pitazo inicial del partido, en el estadio sevillano lo únicos lugares que quedaban vacíos eran las casetas de la prensa, y entre los casi cincuenta mil fanáticos –todos ellos hinchas del Sevilla F.C.– ninguno había preguntado por las alineaciones.

Los tres primeros minutos del partido ya fueron de por sí una tremenda sorpresa. El Sevilla F.C. no había logrado hacer un solo disparo a gol y ya le había concedido media docena de tiros de esquina al Pésimo. Definitivamente, aquello no era

normal. Los sevillanos de las graderías fueron dejando de beber refrescos, de comer empanadas de bacalao, de jugar al ajedrez, de leer novelas, de jugar con sus computadoras y de mirar concursos de cantantes malos en sus televisores de bolsillo. Algo raro estaba pasando. Algo que, por cierto, nada tenía que ver con los amenazantes cañones despatarradores que asomaban ya por las ventanillas en las naves de la flota intergaláctica.

El asunto se puso serio cuando, al cumplirse el minuto diez, Esquerro Lokiustekiera se bailó a toda la defensa sevillana, se plantó frente al portero y le soltó un cañonazo que hizo polvo la red.

Los sevillanos que no eran calvos se llevaron las manos a la cabeza y los sevillanos calvos se agarraron de sus propias nuca como si quisieran ahorcarse. El silencio era absoluto. Alguien llamó por teléfono a una cadena andaluza de televisión para contar lo que sucedía y un minuto después un auto lleno de periodistas deportivos armados de cámaras y micrófonos atravesaba la ciudad de Sevilla a ciento veinte kilómetros por hora en un intento desesperado por improvisar la transmisión de aquel milagro, pero cuando llegaron al estadio ya el Pésimo le había clavado dos goles adicionales al Sevilla F. C. y, por lo que se veía, Lokiustekiera se había vuelto tan imparable que el primer tiempo terminaría con un marcador de dos cifras para el Pésimo. Los sevillanos se dieron cuenta enseguida de que estaba ocurriendo un portento y comenzaron a animarse en favor del equipo visitante, pero no hallaban cómo manifestarse porque, como hemos dicho, nadie recordaba el nombre del Pésimo y ¿a quién se lo podía ocurrir que gritarle a un equipo PÉ-SI-MO fuera una manera cortés de felicitarlo?

Sin embargo, alguien tuvo la ocurrencia de sacar una

tableta, conectarse con ella a la internet y averiguar por medio de Google que el nombre del equipo de Punta Gorda era el Oncepuntas F.C.

Cuando el Oncepuntas marcó su décimo gol contra cero del Sevilla, ya la televisión andaluza estaba transmitiendo la hazaña y el estadio entero comenzó a rugir:

–¡Oncepuntas, Oncepuntas, Oncepuntas!

Todas las estaciones españolas de radio y de TV se pusieron en cadena para retransmitir la señal de la TV andaluza, y quince minutos después, no había estación europea de TV que no estuviera haciendo lo mismo, así que al llegar el minuto treinta y tres todo el planeta estaba paralizado frente a radios y televisores gritando:

–Oncepuntas, Oncepuntas.

Claro que en Noruega decían algo así como “ellevenpunktas”, en China lo que se escuchaba sonaba como a “shi yi pun tas”, y en tagalo los filipinos gritaban “labing–isa puntas”. Pero el caso es que el planeta entero era un solo grito a causa de lo nunca visto y nada cambió cuando comenzó el segundo tiempo, porque los once héroes del Oncepuntas F. C. seguían clavando goles como si fueran tachuelas y hasta las calles de Río de Janeiro estaban inundadas de bailarinas y bailarines que celebraban en las calles, al son de la samba, la hazaña de un equipo español del que nunca antes habían oído hablar.

Ya el marcador electrónico del Sánchez Pizjuán había explotado de tanto moverse, de modo que la cuenta la llevaba un alumno del tercer grado de la “Escuela Elemental de los Carmelitas Descalzos” de Sevilla, que sabía manejar el ábaco. Y el escándalo

electrónico de todas las emisoras del mundo era tan monstruoso con aquel “Oncepuntas, Oncepuntas” en todos los idiomas, que los invasores de otra galaxia, al captarlo en sus receptores de señales de radio, se llevaron tal susto que decidieron proceder de inmediato a volatilizar el planeta:

–Varug monak tabund burtesh ash da sobanik um dum forank cram bshatandam usxilnym et ta rubinor nobir kadek –ordenó el comandante de la expedición invasora a todas sus naves, lo que, en una traducción bastante libre, quería decir:

–Apunten bien los rayos aniquiladores, y apenas dé la señal acaban con esa civilización tan ruidosamente amenazadora. Seguramente están vociferando una consigna de odio contranosotros.

–Inak, vende, drijda, lub, maj.

Es decir:

–Diez, nueve, ocho, siete, seis

Entonces, el comandante dejó de contar en retroceso, porque allá en la tierra había sobrevenido un silencio nunca oído desde que Cristóbal Colón amenazó:

–Le corto la cabeza al que vuelva a gritar “Tierra” en son de broma.

–¿Qué ocurre? –preguntó al comandante de la flota a sus ingenieros en comunicaciones.

–No lo sabemos, comandante, el planeta entero se quedó está en silencio, como si estuviera totalmente deshabitado.

–Esperemos entonces, hasta aclarar si no se trata de un truco de los terrícolas. Desactiven los cañones por ahora –ordenó el comandante.

Pero ¿qué ocurría en el planeta Tierra, mejor dicho, en Europa, mejor dicho, en la Península Ibérica, mejor dicho, en España, mejor dicho, en Andalucía, mejor dicho, en Sevilla, mejor dicho, en el estadio Sánchez Pizjuán?”

Simplemente que el árbitro Monodio Zavaleta había pitado de la manera más injusta que se puede imaginar, un penal en contra del Oncepuntas F. C. El público estaba indignado en el estadio, en Sevilla, en España, en Europa, en el mundo entero y todos los creyentes de todas las religiones oraban en silencio rogándoles a todos los dioses que el encargado de ejecutar el penal fuera achicharrado por una descarga eléctrica antes de que pudiera chutear.

El estúpido de Monodio Zavaleta no alcanzaba a explicarse por qué nadie le había mencionado a su progenitora y se decía: “Pues que no puedo creer que los sevillanos se hayan vuelto tan cultos que parecen madrileños”. Sin embargo, se limitó a soplar el pito, el delantero del Sevilla F. C. corrió hacia la pelota, la pateó y el portero del Oncepuntas se lanzó y, como si hubiera leído la mente del delantero andaluz, la atrapó limpiamente.

El rugido de todos los hinchas del mundo, incluidos 90 curas y 75 monjas del Vaticano, fue tan ensordecedor que reverberó en nuestra parte del universo como nunca antes lo había hecho fenómeno alguno y la onda surcó el espacio a una velocidad treinta veces superior a la del sonido normal, de modo que cuando llegó hasta las naves de la flota extraterrestre, hizo que cada una de ellas explotara en millones de pedazos y de esa manera la especie humana se salvó del exterminio gracias a los excelentes reflejos del porterito del Oncepuntas F.C.

Pero, ya veremos que la siguiente víctima del Oncepuntas F.C. será un equipo poco conocido, con el que juega un argentino llamado Lio Messi. Por desgracia, hemos olvidado el nombre de ese equipo, aunque nos han dicho que es de Cataluña. Total, para la goleada que va a recibir, es mejor no saber cómo se llama.

La señora Patulénkova y la mona zarina

El zar Ramiro Tercero y la zarina Pamona, del imperio de Musgovia, se sintieron muy felices cuando por fin les nació un hijo que sería el heredero del trono. Decidieron bautizar al zarévich – este es el título con el que nacían los hijos de los zares– en la famosa catedral de San Pudibundo, santo patrono de Musgovia, y para ese fin se pusieron de acuerdo con el hermano Burganio Tamalóvich, sumo sacerdote de la Iglesia Imperial, para darle al niño el nombre de Alejandro Pudibundo Burganio Mijail Universalis Reginus, ya que los nombres de los herederos musgovianos al trono tenían que constar de por lo menos cinco palabras, algunas de ellas en latín.

En los países donde había zar y no rey, el apellido del heredero tenía que ser el nombre de su padre pronunciado como cuando uno estornuda, así que el de Alejandro Pudibundo Burganio Mijail Universalis Reginus sería Ramiróvich, aunque para no gastar mucho tiempo en ceremonias, el heredero sería conocido por el pueblo sencillamente como Alejandro Pudibundo Ramiróvich, pero cuando creciera y se convirtiera en zar llevaría el humilde título de Alejandro Noveno, Zar de Toda Musgovia.

Para el bautizo del tierno Alejandro Pudibundo Burganio Mijail Universalis Reginus Ramiróvich se organizaron en Musgo, la esplendorosa capital del imperio, grandes festividades en las que participaron, no solo miles y miles de

musgovianos y musgovianas, sino también centenares de visitantes extranjeros. Entre estos figuraban numerosos reyes, presidentes, primeros ministros, segundos ministros, no pocos ladrones de billeteras, algunos ladrones de relojes y una multitud de políticos menores de casi todos los países.

De modo que el día del bautizo se reunió en Musgo lo más destacado de la aristocracia mundial y, por supuesto, no podían faltar en la concurrencia representantes de las hadas. Entre estas últimas había malas y buenas, altas y bajas, feas y bonitas, pero la más espectacular de todas eras Tremebunda, el hada reina, quien no era fea ni era bonita por la sencilla razón de que era horrible: pocos se atrevían a mirarla durante más de tres segundos y quienes la miraban durante demasiado tiempo nunca volvían a reír. Precisamente por esa razón, el hermano Burganio dispuso que durante la ceremonia de bautizo a la reina Tremebunda se le ubicara lo más lejos posible del pequeño zarévich, no fuera ser que, al verla, el niño se llevara un gransusto del que nunca se repondría.

Pero Tremebunda, la reina de las hadas, era muy imprudente y, sin pedirle permiso a nadie, cuando el hermano Burganio levantó al niño para que todos los asistentes pudiesen admirarlo, ella voló — las hadas vuelan, eso se sabe—, se lo arrebató de las manos y amorosamente lo cubrió de besos. El tierno zarévich, al ver cerca de él aquella cara tan horrible sufrió un sobresalto del que, como había previsto el hermano Burganio, nunca se recuperaría. En el acto, el diminuto Alejandro Pudibundo Burganio Mijail Universalius Reginus Ramiróvich se convirtió en el ser humano más feo del mundo y a causa de ello el

zar Ramiro Tercero ordenó que Tremebunda fuera

desterrada a una isla situada más allá del círculo polar ártico, donde no tardó en ser devorada por una familia de osos blancos. Tremebunda no sufrió por esto, pues cuando los osos la atraparon ella ya había muerto congelada mientras dormía.

La zarina Pamona se entristeció tanto al verse convertida en la madre del ser humano más feo del mundo, que cayó enferma y murió cuando el horrendo zarévitch aún no había cumplido los tres años de edad. El zar Ramiro también sufrió mucho, pero aconsejado por el hermano Burganio, les hizo saber a todos los habitantes de Musgovia que él aceptaba con humildad los designios de la Providencia y, por lo tanto, educaría a Alejandro Pudibundo Burganio Mijail Universalis Reginus Ramiróvich para que, aunque feísimo, fuera un buen zar para el pueblo musgoviano.

Cuando Alejandro Pudibundo Burganio Mijail Universalis Reginus Ramiróvich cumplió 18 años, los heraldos del palacio imperial partieron a anunciar por todos los caminos y todas las ciudades y aldeas de Musgovia que el zarévitch pretendía escoger entre las jóvenes del imperio a la que sería su esposa —en realidad lo dispuso así porque sabía que ninguna princesa extranjera aceptaría casarse con él—. De inmediato, todas las muchachas bonitas de Musgovia, temerosas de ser escogidas, se escondieron en la espesura de los bosques o emigraron a otros países.

Así fue como pasaron varios años sin que el zarévitch Alejandro Pudibundo Burganio Mijail Universalis Reginus Ramiróvich pudiese encontrar en el imperio una esposa, y cuando por desgracia el zar Ramiro Tercero murió a consecuencia de una patada que le propinó su caballo preferido, Musgovia

se vio de la noche a la mañana gobernada por un zar, no solo feo, sino también soltero. Y un zar soltero era siempre el anuncio de muchos males, porque si llegaba a morir sin haber tenido un hijo, enseguida se desatarían mortíferas guerras entre bandos, cada uno de estos empeñado en elevar al trono imperial a algún aventurero desalmado.

El pueblo de Musgovia, que había aprendido del fallecido zar Ramiro Tercero a aceptar los designios de la Providencia, tomó con resignación aquella suerte y comenzó a prepararse para los sufrimientos que sobrevendrían si Alejandro Noveno, Zar de Toda Musgovia, llegaba a morir sin descendencia. Esto era muy probable porque nadie, en todo el imperio, tenía el corazón tan duro como para desear que a una joven del país la obligasen a casarse con un hombre tan feo.

Está escrito en la historia de Musgovia que lo más extraordinario de Alejandro Noveno fue la gran cantidad de primeros ministros –nada menos que nueve– que nombró a lo largo de su primer año de reinado. Lo más importante que el nuevo zar le encargaba a cada primer ministro era que le buscara una muchacha bonita que quisiera casarse con él, pero conforme los primeros ministros fallaban en complacerlo, los iba desterrando a la misma isla donde su padre había desterrado a la reina Tremebunda y por eso se dice que si los osos polares pudieran hablar le expresarían su agradecimiento al zar Alejandro Noveno de Toda Musgovia por mantenerlos tan bien alimentados.

El décimo primer ministro que nombró el zar Alejandro fue el caballero Timoteo Patulenco, antiguo administrador del palacio, casado con una mujer muy inteligente y padre de dos hijos y dos hijas.

El caballero Patulénkov se sintió aterrorizado cuando recibió la noticia de que el zar lo había elevado al cargo de primer ministro.

–Soy hombre muerto, querida –le dijo a su mujer–, ya sabes que quien llega a ocupar ese puesto termina congelado y devorado por los osos.

Pero ya hemos dicho que la esposa de Timoteo Patulénkov, quien cuando era soltera se llamaba Tatiana Malakosánova y de casada era conocida como Tatiana Patulénkova, era una mujer muy inteligente, de manera que ella, lejos de preocuparse, le dijo:

–De todos modos, querido esposo, no puedes negarte, porque si lo hicieses el zar pensaría que eres su enemigo y te condenaría a la horca, así que hagamos, como dice el refrán, a mal tiempo buena cara. Ya se nos ocurrirá algo que nos salve de las iras del zar.

El caballero Patulénkov no estaba tan seguro de poder salirse con la suya, pero estuvo muy atento a seguir los consejos que le daba su esposa. Y el primero de esos consejos fue el siguiente:

–Querido, en cuanto el zar te dé la orden de buscarle una musgoviana joven y bonita que quiera casarse con él, dile que por el momento todas las jóvenes casaderas de Musgovia se encuentran en los países del sur, ya sabes, Grecia, Rumania, Italia, España, Francia y Portugal, trabajando en la cosecha de guindas y de uvas y, por lo tanto, habrá que esperar a que regresen para escogerle una.

De aquel modo, cada tres o cuatro días el primer ministro Patulénkov era interpelado por el Alejandro Noveno, Zar de Toda Musgovia:

–Patulénkov, ¿cuándo me vas a conseguir una linda musgoviana para que me case con ella?

A lo cual Patulénkov respondía:

–Su Alteza, no he olvidado vuestro encargo, pero todas nuestras doncellas bonitas continúan en los países del sur participando en la cosecha de guindas y uvas; en cuanto regresen al final del verano os traeré una de la que os enamorareis enseguida, tenedlo por seguro.

Para desaliento de Patulénkov, un día, el zar lo llamó a la sala del trono para decirle:

–Mi querido primer ministro Patulénkov, he leído en la prensa francesa que la cosecha de guindas y de uvas en los países del sur ya ha finalizado. Eso significa que nuestras doncellas estarán de regreso dentro de pocos días. Por lo tanto, os doy un mes para que me traigáis al palacio una joven y bella musgoviana dispuesta a ser mi esposa. Si no cumplís mi orden en ese plazo, os desterraré a la isla de la reina Tremebunda, donde sin duda os estará esperando una hambrienta familia de osos.

Ya os podéis imaginar, jóvenes lectores, cómo le temblaban las piernas al desafortunado caballero Timoteo Patulénkov al abandonar aquella tarde el palacio imperial. Cuando llegó a su residencia, la señora Tatiana Patulénkova creyó que a su esposo le estaba fallando el corazón y estuvo a punto de enviar a uno de sus criados en busca del médico de la familia. El primer ministro reaccionó a tiempo para decirle que no quería ser visitado por un médico:

–Un monje es lo que necesito para que me dé los auxilios espirituales que reciben los moribundos. Querida mía, a hora sí que soy hombre muerto –le dijo

y pasó a contarle lo que le había ocurrido en el salón del trono.

Como siempre, la inteligentísima señora Patulénkova conservó la calma y, como si no le diera importancia al asunto, hizo servir la cena y, cuando los criados trajeron los postres, le advirtió a su marido:

–Lo que vas a hacer mañana es presentarte delante del zar para decirle que cumplirás tu promesa dentro del plazo que él te ha dado y para anunciarle que, para hacerlo, en algún momento te tomarás unos días de vacaciones. Así él pensará que seguramente irás a buscarle su futura esposa en una lejana provincia del imperio, lo cual le alegrará mucho porque ya sabes que las mujeres de las provincias suelen ser más bellas que las de la capital. Luego irás donde el herrero de la ciudad y le darás instrucciones para que nos construya mañana mismo una trampa para cazar grandes monos vivos. Lo demás, lo dejarás en mis manos.

El caballero estuvo a punto de perder de nuevo la calma. ¿A cuenta de qué, mientras él se hallaba amenazado de muerte por el mismísimo zar, ella se disponía a salir a la caza de monos? Además, no había monos en Musgovia y eso significaba que si su esposa quería atrapar uno tenían que viajar a un país de África. Patulénkov olvidaba que muy cerca de la ciudad de Musgo había un jardín zoológico en el que el zar tenía una abundante colección de animales exóticos, entre ellos numerosos monos.

Sin embargo, el primer ministro, como era su costumbre, le obedeció a su esposa y a la mañana siguiente se presentó ante Alejandro Noveno, Zar de toda Musgovia, para decirle:

–Su alteza, me complace anunciaros que vais a tener a vuestro lado una bellísima doncella musgoviana dentro del plazo que habéis indicado. Solo que para cumplir ese cometido deberé tomarme algunos días libres. No muchos, por cierto; pero no hay razones para que os preocupéis, pues cuando eso ocurra los asuntos de gobierno quedarán en manos de nuestro magnífico viceprimer ministro, el caballero Odorian Aromátikov. El zar se sintió tan conmovido al recibir aquella noticia que, rompiendo el protocolo, descendió del trono y estrechó entre sus brazos al leal caballero Patulénkov, diciéndole:

–Ilustre caballero, el día de mi boda os haré duque, tendréis vuestro propio ducado y seréis miembro vitalicio del Consejo Imperial.

El primer ministro no sabía si reír o llorar. Por un lado, la posibilidad de ser duque le llenaba de felicidad, pero por otro sabía que con toda probabilidad su futuro consistía en morir congelado en la isla de la reina Tremebunda y ser, después de muerto, devorado por los osos polares.

El herrero cumplió al pie de la letra las instrucciones del primer ministro Patulénkov. El sábado siguiente, la señora Patulénkova, que había quedado muy satisfecha con el trabajo del artesano, le dijo a su esposo:

–Querido, la próxima semana no irás al palacio del zar porque partiremos de cacería.

El primer ministro quiso negarse, pero enseguida recordó que siempre que le obedecía a su esposa las cosas le salían muy bien, así que no hizo más que preguntar:

–¿Y adónde iremos de cacería, por vida tuya?

–Al jardín zoológico del zar, por supuesto –dijo ella y siguió con lo suyo.

La excursión de caza de los miembros de la familia Patulénkov fue un éxito. Cuando una semana después regresaron al hogar, traían dentro de la jaula una mona, la mona más grande que pudieron encontrar en el zoológico del zar.

–Dime, mujer, ¿qué es lo que pretendes hacer con esta mona? –preguntó Patulénkov.

–Esta mona, querido esposo, será la esposa del zar.

–¡Cómo se te ocurre! –explotó Patulénkov–, el zar es feo, no ciego. ¿Te has vuelto loca?

–Esposo mío, desde que nos casamos, ¿cuándo te he fallado? Deja que yo me encargue de embellecer a la mona y tú, cuando regreses al palacio, anúnciale al zar que dentro de catorce días le presentarás a su futura esposa.

“Después de todo”, se dijo Patulénkov antes de comparecer ante Alejandro Noveno, Zar de Toda Musgovia, “lo peor que me puede pasar es que el zar descubra todo y me condene a la horca y eso es mejor que ser desterrado a la isla de la reina Tremebunda”. Sin ningún temor, Patulénkov se hizo recibir por el zar y le dijo:

–Su Alteza, vengo a anunciaros que dentro de catorce días os presentaremos a tu futura esposa, una joven musgoviana muy mona, su Alteza, muy mona. Es tan mona, Alteza, que al punto os enamoraréis de ella. Os aseguro que ningún noble de Musgovia tendrá una esposa más mona que la vuestra.

El zar Alejandro no podía ocultar su alegría. De inmediato convocó al Consejo Imperial para anunciar solemnemente que por fin contaba con una prometida y, cuando el anciano Presidente del Consejo preguntó si su Alteza el Zar de Toda Musgovia podía privilegiar a los miembros del Consejo con una descripción de la futura zarina, Alejandro Noveno exclamó:

–Os bastará con que os diga que es una dama muy mona, monísima, la más mona de todo el imperio.

La señora Patulénkova, mientras tanto, bañó a la mona, la perfumó y luego le enseñó los modales de una señorita bien educada. Y cuando se acercaba el día de presentársela al zar, la afeitó, le cubrió el cuerpo con delicadas ropas que le ajustaban perfectamente porque a fin de cuentas la mona era de una de las especies de simios que carecen de rabo. Luego le colocó sobre el rostro una delicada máscara china que la hacía parecer bellísima y llamó a su esposo para que viera a la joven en su nueva apariencia.

El primer ministro no podía creerlo. La mona se había convertido en una doncella monísima. Sin embargo, no se sentía seguro porque si algo no se podía hacer a la mona era enseñarle a hablar.

–Pero querida mía, todo está muy bien, solo que seguramente el zar deseará escucharla decir algunas palabras y en el momento en que intente hablarle todo se habrá perdido –se lamentó.

–Esposo mío –respondió ella–, eso no será un problema porque tú le advertirás al zar que la joven es muy tímida y, además, le dirás que en la provincia de donde ella proviene se acostumbra mantener a la prometida fuera de la vista de su prometido durante todo un mes antes de la boda. Y, cuando el zar te ofrezca de nuevo hacerte duque, le dirás que

prefieres, en vez de un ducado, un premio en especie de, digamos, cien lingotes de oro. Ya verás que eso es muy importante.

El obediente caballero Casimiro Patulénkov hizo cuanto se le dijo y, llegado el día de presentarle al zar la monísima joven que sería su esposa, convocó a la banda de música y a dos regimientos del ejército de Musgovia para que desfilaran, detrás de la carroza del primer ministro, hasta el palacio del zar. Y así fue cómo Alejandro Noveno, Zar de Toda Musgovia, salió al balcón principal del palacio a admirar el majestuoso desfile y después descendió a recibir a la futura zarina. Aun cuando no pudo hablarle a la novia a causa de la timidez de ella, quedó deslumbrado por la belleza de la joven y le juró amor eterno.

—Tenía razón mi primer ministro, vos sois la dama más mona de todo el imperio— le dijo y enseguida dio la orden de que la recluyeran, durante el mes siguiente, en las lujosas habitaciones que le había hecho preparar. Deseaba casarse con ella lo más pronto posible.

El caballero Patulénkov recibió, acto seguido, sus cien lingotes de oro y le pidió permiso al zar para hacer un viaje de tres semanas a Holanda. El zar se lo concedió y, como lo habréis imaginado, el primer ministro partió con toda su familia y nunca más regresó a Musgovia. Lo último que supimos de él es que fundó en la ciudad de Ámsterdam un banco y hoy, tras haberse cambiado el apellido, es uno de los holandeses más ricos. Ahora, en su nuevo país, se llama meinheer Kasimir van Patulenk.

De más está decir que, cuando un mes después el zar quiso contraer matrimonio con la doncella que

le había presentado Patulénkov, a esta le había crecido pelo en todo el cuerpo, sus finas ropas y la máscara china se la habían caído y ahora se veía más mona que nunca. Alejandro Noveno, Zar de Toda Musgovia, comprendió que había sido engañado, y al quedar en ridículo delante de todo el imperio fue destronado y desterrado a la isla de la reina Tremebunda, donde los agradecidos osos no tardaron en recibirlo para la cena. Y para evitar que se desatara una lucha por encontrar un nuevo zar, el pueblo musgoviano decidió proclamar una república.

Así las cosas, jóvenes lectores, si tomáis un atlas de Europa, y buscáis en él un mapa del Imperio de Musgovia, no lo vais a encontrar. En su lugar aparecerá el mapa de la República Federal de Monasia. Y ya sabéis por qué se llama así.

Se terminó de imprimir
en la Sección de Impresión del SIEDIN,
en enero de 2015.

Universidad de Costa Rica.
Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica.

¡1250 LIBROS PARA LLEVAR EN SU BOLSILLO!

La velocidad, comodidad y movilidad son suyas. El e-GO! Library Español es una forma innovadora para tener y mantener un suministro fresco y abundante de grandes títulos. Es el mejor entretenimiento y fácil de obtener. El e-GO! Library Español es una unidad flash de memoria USB que pone a miles de los mejores libros de la actualidad su bolsillo!

Cargue su Kindle, iPad, Nook, o cualquier dispositivo con una variedad de ficción y no ficción. En su tiempo libre, elija entre sus temas, títulos y autores independientes favoritos y categorías como: romance, ciencia ficción, misterios, finanzas, biografías, negocios y muchos más.

- ✓ **1,000 LIBROS** independientes más populares
- ✓ **BONO-** 250 títulos clásicos
- ✓ **CONTENIDO ÚNICO** / Autores independientes
- ✓ **LLAVE USB PRECARGADA** de 4GB

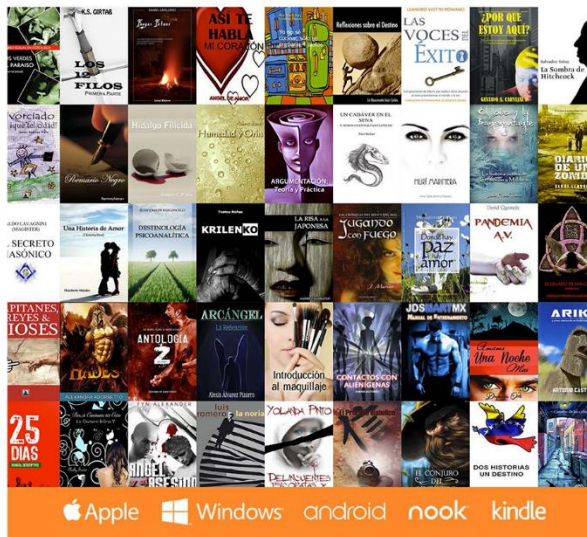
LOS MEJORES

1,000 LIBROS

+250 CLASICOS DE REGALO

e-GO!
Library *Español*

- ✓ Total portabilidad y conveniencia
- ✓ Más de 32 categorías precargadas
- ✓ No necesita internet
- ✓ Perfecto para leer mientras viaja



- ✓ **SIRVE CON TODOS** los lectores y dispositivos
- ✓ **IDEAL** para viajar
- ✓ **AHORRA** innumerables horas de Descargas
- ✓ **EL REGALO** Perfecto

VER MÁS